

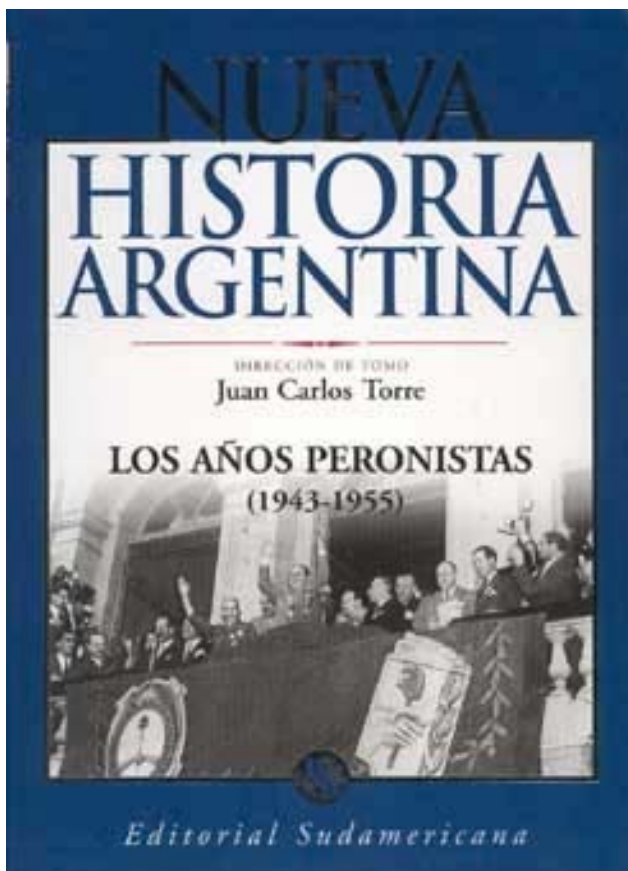
# Nueva Historia Argentina

## Tomo 8

Los años peronistas  
(1943-1955)

Juan Carlos Torre

(Director de tomo)



Editorial Sudamericana

Buenos Aires

Este material se utiliza con fines  
exclusivamente didácticos

---

## ÍNDICE

<b>Capítulo I. Introducción a los años peronistas</b> por Juan Carlos Torre .....	11
<b>Capítulo II. Las Fuerzas Armadas y La era de Perón</b> por Robert A. Potash .....	79
<b>Capítulo III. De La bonanza peronista a la crisis de desarrollo</b> por Pablo Gerchunoff y Damián Antúez .....	125
<b>Capítulo IV. Ideologías políticas y debate cívico</b> por Carlos Altamirano .....	207
<b>Capítulo V. La democratización del bienestar</b> por Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza.....	257
<b>Capítulo VI. Evita</b> por Mansa Navarro .....	313
<b>Capítulo VII. La Formación del sindicalismo peronista</b> por Louise Doyon .....	357
<b>Capítulo VIII. El empresariado: La política de cohabitación y oposición</b> por James P. Brennan .....	405
<b>Capítulo IX. El peronismo y La Iglesia Católica</b> por Lila Caimari .....	441
<b>Capítulo X. Intelectuales y peronismo</b> por Silvia Sigal .....	481
<b>Capítulo XI. Vicisitudes de una política exterior independiente</b> por José Paradiso .....	523

---

## CAPÍTULO V

# LA DEMOCRATIZACIÓN DEL BIENESTAR<sup>1</sup>

por JUAN CARLOS TORRE y ELISA PASTORIZA

Al contemplar las multitudes que ocuparon las calles de Buenos Aires el 3 de julio de 1933 para despedir los restos del ex presidente Hipólito Yrigoyen, el escritor nacionalista Federico Ibarguren formuló un sombrío vaticinio, recogido en su libro *Breviario político*:

"El entierro de Yrigoyen llevado a cabo ayer me ha sugerido las siguientes reflexiones personales. Fue un lúgubre candombe, extraordinariamente pintoresco a los ojos del observador. Orgía de instintos, desde la superstición inverosímil hasta el fanatismo de todo calibre. Tropa desatada de primitivos, turba sin origen. Parecía como si el espectáculo de la muerte para aquella comparsa fuera una fiesta dionisiaca y ancestral. Lo que se puede decir con certeza, después de ver el espectáculo de la turbamulta suelta en el entierro de Yrigoyen, es que para el país se acerca, sin duda alguna, la hora de las masas".

Cuando el 17 de octubre de 1945 la hora de las masas finalmente llegó de la mano de otro caudillo popular, la sorpresa primero y la condena después dominaron la actitud del mundo político porteño. La crónica de la movilización peronista se detuvo sobre detalles que comportaban una ruptura respecto de lo que cabía esperar de una manifestación obrera; tal fue el caso de *La Capital*, del 18 de octubre:

"La mayoría del público que desfiló en las más diversas columnas por las calles lo hacía en mangas de camisa. Viose a hombres vestidos de gauchos y a mujeres de paisanas [...] muchachos que transformaban las avenidas y plazas en pistas de patinaje, y hombres y mujeres vestidos estrafalariamente, portando retratos de Perón, con flores y escarapelas prendidas en sus ropas y afiches y carteles. Hombres a caballo y jóvenes en bicicleta, ostentando vestimentas chillonas, cantaban estribillos y prorrumpían en gritos".

Todo en esta descripción, por lo demás bastante generalizada, apuntaba a resaltar cuánto tenía de inesperado y a la vez de transgresor la multitud del 17 de octubre. En lugar de marchar encolumnados, entonando los tradicionales himnos de clase y siguiendo las reglas tácitas del decoro proletario, los hombres y mujeres que venían de los suburbios avanzaban sobre la Plaza de Mayo en medio de una atmósfera festiva y carnavalesca. Para *La Vanguardia*, el periódico del Partido Socialista, éstos no podían ser auténticos obreros:

"Los obreros, tal como siempre se ha definido a nuestros hombres de trabajo, aquellos que desde hace años han sostenido y sostienen sus organizaciones gremiales y sus luchas contra el capital; los que sienten la dignidad de las funciones que cumplen y, a tono con ellas, en sus distintas ideologías, como ciudadanos trabajan por el mejoramiento de las condiciones sociales y políticas del país, no estaban allí".

Según este periódico, era inconcebible que esa clase obrera diera el espectáculo de "una horda, de una mascarada, de una balumba, que a veces degeneraba en murga". Y terminaba preguntándose- "¿Qué obrero argentino actúa en una manifestación en demanda de sus derechos como lo haría en un desfile de carnaval?". Respondiendo a esta pregunta retórica los comunistas, por su parte, se apresuraron a decretar desde las páginas de *Orientación* que los pequeños clanes con aspecto de murga que recorrieron ayer las calles de la ciudad no representaban a ninguna clase de la sociedad argentina".

Como los socialistas y los comunistas, en la jornada de octubre muchos más buscaron refugio en los viejos reflejos cívicos a fin de exorcizar a los nuevos demonios populares que había entrevisto Federico Ibarguren en el entierro de Yrigoyen y que ahora venían a tomar posesión de Buenos Aires, interrumpiendo las grandes comuniones políticas porteñas. Los mítines por la Guerra Civil Española, los festejos de la liberación de París, por fin, la Marcha por la Constitución y la Libertad, cada uno a su turno, habían hecho vibrar a la ciudad y consagrado la soberanía de los partidos y las clases medias sobre sus calles. De pronto,

---

<sup>1</sup> Agradecemos la valiosa colaboración de Hernán Lerena en la realización de este capítulo.

ese espacio político cedía y por sus grietas asomaba, tumultuoso, el perfil de otra Argentina. Sobre el telón de fondo de este descubrimiento, inesperado y también traumático, comenzaría entonces la compleja reacomodación de la sociedad existente a las nuevas realidades sociales de un país hondamente transformado.

Durante los quince años previos la estructura económica y social había experimentado, en efecto, importantes y continuos cambios debido a las consecuencias de la depresión mundial de 1929, en primer lugar, y del estallido de la Segunda Guerra, más tarde. El cierre de los mercados europeos y la depreciación de las exportaciones agropecuarias argentinas en los primeros años de la década del treinta forzaron a la elite conservadora en el poder a adoptar una serie de medidas de emergencia. Concebidas con el fin de preservar los rasgos básicos del orden económico amenazado, sus consecuencias contribuyeron, sin embargo, a alterarlo profundamente. Así, el control de cambios establecido para velar por el equilibrio de la balanza de pagos creó incentivos para la producción local de manufacturas. Un número significativo de empresas extranjeras que abastecían el mercado nacional reaccionó rápidamente y se instaló en el país, poniéndose al abrigo de las barreras proteccionistas indirectas levantadas por los gobiernos. Sumadas al parque industrial preexistente, las nuevas inversiones expandieron aceleradamente la oferta interna de manufacturas. Luego, la guerra, al dislocar el comercio internacional, acentuó todavía más las medidas defensivas que dirigían naturalmente el crecimiento del país hacia el mercado interno. Nuevos capitales de origen nacional afluyeron a la industria. Al final del conflicto bélico un vasto espectro de fábricas y talleres manufactureros rodeaba el cinturón de Buenos Aires, el epicentro del cambio económico.

Paralelamente al crecimiento industrial se produjo un importante reordenamiento de la población en el territorio nacional, que se tradujo en una mayor urbanización. Aquí operó tanto la expulsión de pobladores de las zonas agrícolas en dificultades como, sobre todo, la atracción ejercida por las nuevas oportunidades de empleo que surgían en las industrias y en las actividades de servicios de las ciudades. A diferencia de lo que ocurriera en el pasado, la satisfacción de esta demanda de trabajo no pudo asegurarse por medio de la inmigración extranjera, porque ésta había prácticamente cesado hacia 1930. Su lugar fue ocupado por grandes masas del interior del país que migraron a los centros urbanos, en especial a Buenos Aires y su periferia. El área metropolitana se llenó de provincianos. Su número empezó a aumentar vertiginosamente a mediados de los años treinta y mucho más a partir de 1940. Los 8.000 provincianos que recibía anualmente hasta 1936 pasaron a un promedio de 70.000 entre 1937 y 1943 y ascendieron hasta 117.000 entre 1944 y 1947. En total, sumaron un millón de nuevos residentes a Buenos Aires y su cinturón urbano, que creció de los 3.457.000 habitantes de 1936 a los 4.618.000 registrados en 1947. Fue un éxodo en masa.

Visto en perspectiva, su impacto sobre Buenos Aires puso en marcha un proceso en cierto sentido comparable con el que dio a lugar la masiva inmigración extranjera medio siglo antes. De ambas experiencias la ciudad emergió transformada. Las características de esa transformación fueron, no obstante, bien diferentes en uno y otro caso. Para apreciar este contraste vamos a retroceder en el tiempo a fin de describir sumariamente la trayectoria del país y Buenos Aires.

Desde mediados del siglo XIX miles y miles de inmigrantes provenientes de Europa llegaron al país para aprovechar el ciclo expansivo que comenzaba gracias a su afortunada inserción en la economía mundial como productor de alimentos.

Había los que venían a radicarse y también los que, en menor número, viajaban anualmente para trabajar en las cosechas. Entre 1871 y 1914 arribaron alrededor de 5,9 millones, de los cuales 3,1 millones permanecieron y se establecieron. Con el aporte de los inmigrantes extranjeros la población total del país creció durante ese período cuatro veces y media, de los 1,7 millones contabilizados en el primer censo de 1869 se llegó a los 7,8 millones en 1914. A la luz de estas cifras, como lo destacara Gino Germani, la Argentina no fue ya una nación con una minoría de inmigrantes sino un país con una mayoría de extranjeros.

La singularidad de este fenómeno se advierte al ubicarlo con relación a los países de gran inmigración. La Argentina, después de los Estados Unidos, fue el país que más inmigrantes europeos recibió en términos absolutos. Pero los inmigrantes que llegaban aquí encontraban un país más vacío, tanto en lo concerniente a las instituciones estatales, todavía en formación, como respecto del número de habitantes. En lo que se refiere a este último aspecto, en los Estados Unidos la proporción de extranjeros sobre la población nativa estuvo entre 1870 y 1910 en torno del 14%. En la Argentina, en cambio, durante esos años, debido a la escasa población existente al momento de la inmigración masiva y al gran volumen de inmigrantes, la proporción de los nacidos en el extranjero fue muy superior y se ubicó entre el 25 y el 30%. Si en lugar de un promedio general se toma en cuenta que la inmigración ultramarina se concentró en las zonas centrales y estuvo compuesta mayoritariamente por varones en edad adulta, se advierte que aquí la intensidad del impacto inmigratorio fue todavía mayor. Entre 1890 y 1920 la proporción de extranjeros entre los varones de 20 y más años fue, en Buenos Aires, del 80%, y en las provincias del Litoral, entre el 50 y el 60%.

La experiencia argentina de entonces no consistió en la absorción de una masa extranjera que llegó a asimilarse, es decir, a parecerse a la población nativa; más bien lo que ocurrió fue la emergencia de una sociedad nueva, que se mantuvo por bastante tiempo separada de los sectores criollos tradicionales, en un estado de fluidez, mientras procesaba la adaptación a las condiciones de vida y de trabajo en un país envuelto, a su vez, en la construcción de un Estado moderno. Previsiblemente, esa adaptación fue laboriosa al principio: muchos inmigrantes emprendieron el camino del regreso, otros hicieron de sus frustraciones el motor de la agitación anarquista, todos debieron sobrellevar los brotes de xenofobia que acompañaron la gestación de esa Argentina aluvional y cosmopolita. La prosperidad del país en la época facilitó luego las cosas y una mayoría de los recién llegados fue llenando las posiciones que la modernización económica abría sin cesar, en la industria, el comercio, los servicios, la agricultura, aportando los principales contingentes a las clases medias en formación y al naciente proletariado.

Con el paso del tiempo, hacia la década del veinte, ese mundo de extranjeros, replegado sobre sí mismo pero atravesado internamente por cortes étnicos o nacionales, entró en un acelerado proceso de disolución. Varias circunstancias se combinaron para ello. En primer lugar, por la presencia creciente de los hijos de los inmigrantes. Argentinos por nacimiento, quedaron expuestos a la misión nacionalizadora que se asignó a la escuela pública obligatoria y al servicio militar, lo que contribuyó a debilitar cualquier identificación con las patrias de sus padres. Por otra parte, los distintos resultados que alcanzaban unos y otros inmigrantes en la aventura del ascenso tendieron a disgregar las comunidades de origen, disminuyendo la gravitación de las asociaciones de colectividades, tan importantes a principios de siglo. Finalmente, también colaboraron los efectos del temprano desarrollo de la propaganda comercial, al promover la homogeneización de las costumbres y estilos de vida y crear un mercado de consumo más alerta a las novedades que a la preservación de las tradiciones.

En este contexto y teniendo por animadores centrales a los descendientes de los inmigrantes cobró forma una sociabilidad de nuevo tipo. Entre sus aspectos sobresalientes se destacaron unas relaciones sociales directas y frontales, desprovistas de las actitudes de respeto y deferencia tradicionales- la confianza en el progreso individual que coexistía, no obstante, con una difundida práctica asociativa; la fuerte valorización de la educación y la cultura letrada; una moralidad austera y liberal a la vez, que combinaba el control de la natalidad con las pautas convencionales de autoridad dentro de la familia. En sus rasgos generales, este conjunto de orientaciones y actitudes, cuyos ámbitos naturales de expresión los constituían los barrios, los clubes, las asociaciones, los espacios públicos donde convivían las anchas franjas de las clases medias y los sectores obreros más establecidos, fue, con todo, menos visible en ambos extremos de la pirámide social- hacia arriba, entre los miembros más tradicionales de la élite, y hacia abajo, en los estratos de la periferia popular. En términos geográficos, su vigencia caracterizó la vida social de los centros urbanos y las áreas rurales prósperas del Litoral, extendiéndose hasta Córdoba y Mendoza. En cambio, fue mucho más débil en las zonas del interior del país menos tocadas por la modernización económica.

Retornando ahora el argumento sobre el diferente impacto del período de la inmigración masiva respecto del de las migraciones internas arribamos a una constatación inicial. En primer lugar, partiendo de 1870 y después de sesenta años de inmigración casi ininterrumpida podría decirse que la sociedad argentina se hizo de nuevo y que ésa fue la obra de los propios migrantes y de sus descendientes. Por medio de la mezcla y la aculturación, al cabo de tensiones y conflictos, éstos crearon una sociabilidad original, densa y extendida, que típicamente se condensó en Buenos Aires. Las repercusiones del proceso puesto en marcha por la llegada de la población extranjera al país se observaron, así, principalmente en el plano social, donde además se verificó -como ha mostrado Hilda Sabato- una intensa participación que sirvió de vehículo a sus demandas hacia los poderes públicos. Entre tanto, los efectos de dicho proceso en el terreno político-electoral fueron casi nulos porque la gran mayoría de los inmigrantes optó por no adquirir la ciudadanía argentina. En consecuencia, durante los treinta a cuarenta años en los que del 60 al 80% de los varones adultos de las zonas más importantes del país no tenían derecho a votar, el desenlace de las elecciones quedó en manos de la restante minoría del 20 al 40%. Esta situación paradójica comenzó a revertirse gradualmente, con el ingreso a la vida política de los hijos de los inmigrantes. En síntesis, el impacto de la inmigración masiva se hizo sentir en la conformación de la sociedad mucho antes de que gravitara sobre las luchas por el poder político.

Al considerar, en segundo lugar, las transformaciones que trajo consigo el período de las migraciones internas constatamos una trayectoria diferente. Breve había sido el tiempo transcurrido desde que abandonaron sus lugares de origen cuando el millón de provincianos que afluyó a Buenos Aires y sus suburbios entre 1936 y 1947 fue llamado a desempeñar un papel político protagónico. Su llegada coincidió con una crisis política y el surgimiento de un líder necesitado de apoyo popular, lo cual les abrió las puertas a una influencia temprana y decisiva en el terreno político- electoral. En cambio, puede afirmarse que no

habrían de tener una influencia equivalente en el plano social. Los trabajadores rurales, los pequeños arrendatarios, los empleados y obreros de los pueblos del interior no encontraron a su arribo al área metropolitana un escenario comparable al que recibió a los inmigrantes europeos medio siglo antes. Esto es, un escenario relativamente vacío en términos de la población y las instituciones existentes. Por lo tanto, más que ante una sociedad toda por hacerse, se encontraron con una sociedad sustancialmente hecha, cuyos valores y estilos de vida, popularizados por las radios, los periódicos, las revistas, estaban además revestidos de un prestigio que la Argentina criolla tradicional nunca tuvo entre los inmigrantes europeos.

En estas circunstancias, y en contraste con la experiencia de la inmigración masiva, lo que se puso en movimiento fue un proceso de asimilación o incorporación de los recién llegados en la sociedad receptora. Ésta también habría de ser modificada por dicho proceso. No obstante, en el balance final retuvo buena parte de sus rasgos originales y continuó ofreciendo esquemas de ideas y modelos de comportamiento que contaron con una amplia aceptación social durante los años peronistas. Después de la sucesión de cambios de todo tipo que siguió al 17 de octubre la visión de una Argentina transformada en sus cimientos por la irrupción de las masas tuvo una gran resonancia entre los contemporáneos. Sin embargo, la reconstrucción histórica de] período pone de manifiesto una mutación menos abrupta y, por el contrario, la existencia de fuertes elementos de continuidad.

## UN PAÍS MÁS VERTEBRADO

El escenario físico sobre el que tuvo lugar este nuevo episodio en el proceso de la integración de la sociedad argentina fue el de un país más vertebrado, esto es, un país en el que sus habitantes distribuidos en el territorio estaban en una relación más estrecha entre sí. En primer lugar, debido a los efectos de la mayor urbanización, que era un fenómeno congruente con la trayectoria demográfica del país. Ya en 1914, la población que residía en localidades de 2.000 y más habitantes -la medida convencional de urbanización- había superado a la población rural y representaba el 52,7% del total. En los años posteriores esta tendencia se acentuó y en 1947 la población urbana llegó a ser el 62,7% de los 15.893.827 habitantes registrados por el censo. El rasgo a resaltar es que la localización del mayor crecimiento de la población urbana se produjo en las aglomeraciones de mayor tamaño. En 1914 se contaban, además de Buenos Aires, dos ciudades con más de 100.000 habitantes: Córdoba y Rosario. Hacia 1947 en esta categoría figuraban cinco más, Mar del Plata, Bahía Blanca, Santa Fe, La Plata y Tucumán que, sumadas, albergaban el 66,2% de la población urbana.

Con sus más de 4.600.000 habitantes, Buenos Aires y el cinturón formado por Vicente López, San Martín, Morón, La Matanza, Avellaneda y Lanús se destacaban ampliamente. Durante la década previa su magnetismo se había ejercido principalmente dentro de la región pampeana. De allí provino la mayoría de los migrantes internos, que arribaron generalmente después de recorrer distancias cortas, con un primer desplazamiento a los pueblos vecinos seguido luego por la radicación en la ciudad y las localidades de su periferia. Una vez instalado el peronismo en el poder, la atracción del Gran Buenos Aires llegó hasta las provincias más lejanas, de donde partió la nueva ola de migrantes que engrosó la marcha sostenida de la urbanización. Entre 1945 y 1960 el saldo positivo de los argentinos que entraron y salieron del área metropolitana fue de unos 70.000 al año. El crecimiento de origen migratorio en el período, que incluyó, asimismo, un contingente de inmigrantes europeos al final de la Segunda Guerra, y en menor medida el crecimiento vegetativo llevaron el número de sus residentes a 6.700.000, según el censo de 1960. Para esa fecha sobre un total nacional de 20 millones de habitantes, la población urbana alcanzaba el 72% y casi los dos tercios de ella vivía en las ciudades de mayor tamaño, que de ocho que eran en 1947, habían aumentado ahora a quince.

Completando el perfil de esta Argentina cada vez más urbana subrayemos un rasgo ya presente en la trayectoria descripta: su fuerte concentración geográfica. La distribución de los pueblos y las ciudades reflejó el inalterable predominio de la región pampeana en el poblamiento del territorio. Sobre una superficie que era el 22% del espacio nacional, la región comprendida por la ciudad capital y las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa y Santa Fe reunía al 80% de los residentes urbanos. A partir de este panorama demográfico puede afirmarse que, en los años cuarenta y cincuenta, los contactos y las redes propias del inundo urbano constituían el ambiente natural de la mayoría de los hombres y mujeres del país. Esto implicó para todos ellos una ampliación de sus experiencias compartidas. Así, por ejemplo -como observara Carlos Ulanovsky-, sólo las partes más remotas del interior estaban ajenas a la influencia de la última tonada popular o al impacto de un evento deportivo principal difundidos por las emisoras de radio de las ciudades. De este modo, en paralelo a la mayor urbanización, la expansión de los modernos medios de comunicación fue otro de los procesos que contribuyó a que el país fuera más vertebrado.

Por su capacidad de suscitar un sentimiento de comunidad a la distancia y en forma instantánea entre millones de personas, la radio habría de ser el medio más efectivo para fortalecer el proceso de homogeneización cultural promovido por la escuela pública y el servicio militar. Con la primera transmisión experimental realizada en 1920, la Argentina estuvo entre los países que tomaron la delantera de la radiodifusión en el mundo. En sus comienzos, la nueva experiencia tenía un carácter individual: para escuchar la radio había que utilizar auriculares. La introducción del parlante en 1924 cambió ese estado de cosas y puso su recepción al alcance de una audiencia colectiva; al principio éste tenía grandes dimensiones y era vendido por separado pero luego fue integrado al aparato. A partir de 1930, la radio pasó a ser gradualmente un artefacto familiar en los hogares. También se produjo un afianzamiento del sistema de radiodifusión. De las numerosas emisoras instaladas en los años previos, algunas de las cuales desaparecieron al poco tiempo, las más consolidadas entonces eran Radio Belgrano (1934), Radio Splendid (1934) y Radio El Mundo (1935). La aparición de esta última, con un transmisor más potente y de mejor calidad, conmocionó el mercado- Jaime Yankelevich, el propietario de Radio Belgrano y una figura destinada a tener una presencia decisiva en el mundo de la radio, buscó la manera de hacer frente al desafío y lo hizo mediante contratos con emisoras del interior. Inició, así, las transmisiones en cadena y enseguida tuvo imitadores. En 1941, las estaciones de radio del país estaban agrupadas en tres redes encabezadas, respectivamente, por las tres grandes emisoras. Con el acceso a las radios del interior, por medio de las cadenas, las radios porteñas alargaron su penetración y pusieron en circulación a lo largo del territorio las señales de identidad que irradiaban los modos de hablar y estilos de vida de Buenos Aires.

En 1938, la cantidad de aparatos receptores existentes fue estimada en 1.100.000, es decir, 100 por cada mil habitantes. Quince años después, en 1953, su número ascendía a 2.900.000, en una proporción de 158 por cada mil habitantes. Entre ambas fechas, el censo de 1947 registró un indicador más elocuente: una radio por cada dos viviendas. Durante estos años, muy pocos dudaron acerca de las emociones y los efectos que la radio era capaz de provocar. Perón se contó entre los primeros que supo aprovechar sus potencialidades para la actividad política. Durante la campaña electoral de 1946 recurrió a un método ingenioso con el fin de ampliar la repercusión de su mensaje: en las giras por el interior convocó a sus seguidores en forma simultánea a la plaza principal de distintas ciudades desde donde grandes altavoces acercaron su palabra transmitida por la radio que difundía el acto central en una de ellas. Es imaginable la sensación de unidad y fortaleza que experimentaron esas muchedumbres al escuchar multiplicados en un prolongado eco los cánticos y los vítores con que respondían a las arengas de Perón. Esta experiencia, y el papel de la radio con ella, tuvo mucho en común con otra que también caracterizó a esos años y por medio de la cual los argentinos ganaron un mejor conocimiento de la geografía de su país. Nos referimos a la transmisión radial de las competencias de turismo de carretera.

A principios de la década del treinta la puja que oponía el ferrocarril al transporte automotor se había finalmente resuelto en favor de este último, y ello se tradujo bien pronto en un fuerte impulso a las obras viales. La extensión de la red caminera ofreció a los aficionados al automovilismo deportivo nuevos escenarios y a partir de ellos comenzó a aumentar el recorrido de los grandes premios de turismo de carretera. Hasta entonces la principal competencia se corría sobre una distancia de unos 1.600 kilómetros, partiendo habitualmente desde Buenos Aires hasta Córdoba, pasando por Rosario. En 1937 el recorrido fue de 6.894 kilómetros, en un trayecto que cruzó el Litoral, prosiguió por las provincias del norte, se acercó a la precordillera para dirigirse luego a Bahía Blanca y arribar, finalmente, a La Plata. En 1940 se produjo el gran salto hasta alcanzar casi 9.500 kilómetros, saliendo de Buenos Aires hacia el norte, atravesando Bolivia para llegar a Lima y emprender el regreso a Buenos Aires. La novedad de esta competencia no estuvo sólo en su extensión: consistió también en que fue íntegramente transmitida por Radio Excelsior, inaugurando así una experiencia de gran resonancia colectiva.

Después del Gran Premio del Sur, en 1942, sobre 7.192 kilómetros, de Mercedes a Puerto Deseado, con meta final en Bahía Blanca, las competencias se interrumpieron por cinco años debido a las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial en el abastecimiento de combustibles y repuestos. En 1947 los autos cupé de dos puertas y techo volvieron a mostrar su perfil característico sobre las rutas con el Gran Premio Internacional. En un recorrido de 5.374 kilómetros, la hoja de ruta comenzaba en Luján, seguía hasta Viña del Mar, después a Copiapó en el norte de Chile, Tucumán, Resistencia para arribar a Buenos Aires. Al año siguiente tuvo lugar la carrera más larga, 9.573 kilómetros, para unir Buenos Aires con Caracas, Venezuela, y otros 5.187 kilómetros de regreso, pasando por Lima, Perú. El trazado del Gran Premio República de 1949 condujo a los corredores por el perímetro del mapa del país, hacia Río Gallegos en el extremo sur, desde allí hasta Jujuy por el borde de los Andes, continuando la travesía hasta las Cataratas del Iguazú y retornando a Buenos Aires al cabo de 23 días en las rutas. A lo largo de este recorrido, y de tantos

otros, las radios acompañaron a los corredores, relatando sus vicisitudes, que muchos seguían diligentemente por medio de los mapas que distribuía el Automóvil Club.

Cuando las emisoras iniciaron la transmisión de las competencias de turismo de carretera las distancias eran grandes y las comunicaciones precarias, lo que daba lugar a vacíos informativos que eran llenados por minuciosas descripciones del paisaje que rodeaba los caminos. El efecto de la radio fue permitir la prolongación de la mirada del espectador que se asomaba a las rutas: una vez que los corredores desaparecían de su vista la voz del locutor los recuperaba y volvían a estar virtualmente presentes en medio del vasto territorio, ahora más próximo y familiar. Los relieves y los accidentes del terreno se enriquecieron, así, de trayectos reconocibles, se poblaron de personajes populares. La experiencia que la radio puso en acción entre sus oyentes no consistió, pues, en un mero conocimiento sino en una apropiación de la geografía del país. La imagen de una Argentina unificada por su territorio arraigó en la conciencia colectiva y reforzó la cohesión que se nutría de la lengua y las costumbres.

La transmisión radial de las competencias de turismo de carretera no sólo contribuyó a valorizar el espacio nacional; también hizo posible que todos los rincones del país vibraran con un fervor común y tomaran partido siguiendo las alternativas de la puja entablada entre los Chevrolet y los Ford por el dominio de las rutas. Estos duelos de ingenio mecánico y resistencia física, que tuvieron en Juan Manuel Fangio y Oscar Gálvez a sus principales protagonistas, no dejaron a casi nadie indiferente y pasaron a formar parte de las grandes fiestas deportivas, entre las cuales sobresalía, sin rivales, la celebración anual del campeonato de fútbol profesional.

También aquí la radio ejerció un papel de primer orden al galvanizar los vínculos formados a partir de las adhesiones masivas que los clubes de fútbol de la capital despertaban en las provincias. De hecho, el fútbol argentino era por definición el fútbol de Buenos Aires. Con la excepción de dos clubes de Rosario y otros dos de La Plata, los que integraron la liga profesional de fútbol creada en 1931 fueron los históricos clubes porteños fundados a la vuelta del siglo XX, como River Plate (1901), Racing (1903), Independiente (1904), Boca Juniors (1905), San Lorenzo (1908). Surgidos en los barrios de Buenos Aires, los medios de comunicación ampliaron luego su influencia hacia todo el territorio y progresivamente ganaron una popularidad difícil de encontrar en otras latitudes, según ha observado Eduardo Archetti. Un español nacido en Madrid no es probable que sea simpatizante de un club de Barcelona, y lo mismo cabe esperar en la situación inversa. En cambio, en la Argentina, un provinciano de Santiago del Estero bien podía hacer suyas las victorias y las derrotas de un equipo de fútbol porteño y compartir esa experiencia con muchos más argentinos dispersos en los diferentes puntos del país. La identificación personal con un club de Buenos Aires se convirtió, así, en parte de una identificación nacional, tan sólida y duradera como la producida por los símbolos y los rituales patrios.

El conjunto de circunstancias hasta aquí mencionadas se combinó para dar una mayor vertebración al país y, a la vez, potenciar el lugar central que en él ocupaba Buenos Aires y su entorno inmediato. En estas condiciones, el nuevo episodio en la integración social de la Argentina que tuvo lugar en los años del peronismo encontró la plataforma propicia para dilatar su influencia y transformarse en una experiencia de alcance nacional. Sin duda, las políticas lanzadas desde el Estado se propusieron ese objetivo. Pero su eficacia estuvo facilitada por el crecimiento de las ciudades y la infraestructura, por la expansión de los medios de comunicación, por la existencia de vínculos y lealtades entre la población distribuida en el territorio. Las muchedumbres que partieron de las estaciones de ferrocarril y las terminales de ómnibus de los pueblos de provincia hicieron el resto, al proyectar más tarde, sobre los lugares de origen, el eco de sus logros en la metrópoli.

## **LA SOCIEDAD MÓVIL**

En relación con los inmigrantes internos que empezaron a arribar al Gran Buenos Aires desde mediados de la década del treinta en adelante, Gino Germani -a quien se deben los estudios pioneros sobre la estructura social argentina- señaló que los recién llegados tendieron a ubicarse en los niveles más bajos de la pirámide social, empujando a los que ya estaban hacia arriba, a posiciones obreras más altas y hacia los estratos medios. En verdad, para unos y otros éste fue un período de ascenso social. Para los peones y jornaleros que venían del interior la entrada al mercado de trabajo del área metropolitana significó de por sí un movimiento ascendente porque se trataba de ocupaciones con ingresos superiores a los que recibían en sus zonas de origen. Entre tanto, para los trabajadores residentes en la ciudad el crecimiento económico de la época trajo aparejada la expansión de nuevas fuentes de empleo. Muchos las aprovecharon en primera persona subiendo en la jerarquía de la empresa o instalándose por su cuenta como trabajadores independientes o pequeños propietarios en el comercio, los servicios y la industria; muchos más lo hicieron



por intermedio de sus hijos, a los que habían conseguido mandar a la escuela y contaban, por lo tanto, con la instrucción requerida para trabajar como empleados en las actividades privadas y la administración pública. La suma de estas experiencias de movilidad infundió durante estos años un renovado vigor al secular proceso de integración de la sociedad argentina.

Para seguir la trayectoria de los cambios en la estructura social se cuenta con los censos de 1947 y 1960, los cuales, si bien cubren un período que no se superpone en todo con aquéllos, brindan, no obstante, una imagen de las tendencias en curso. Al respecto, comencemos por establecer lo ocurrido con la población económicamente activa. Aquí nos encontramos inicialmente con un hecho ya anticipado al hacer referencia al ritmo creciente de la urbanización del país- la contracción del número de personas que se desempeñaban en las actividades rurales. El empleo agropecuario, que representaba el 26,3% de la población ocupada en 1947 se redujo al 19,5% en 1960, prolongando en el tiempo el éxodo rural que se iniciara hacia 1935-1936. La creación de oportunidades de trabajo continuó siendo un fenómeno urbano. El crecimiento de la población económicamente activa, que pasó de 6.267.000 en 1947 a 7.479.000 en 1960, fue absorbido en primer lugar por el sector secundario -la industria y la construcción- (que ganó un 4,3%) y luego por el sector terciario -el comercio y los servicios- (que ganó un 2,5%).

### Cuadro I:

Distribución de la población económicamente activa por grandes sectores de actividad

PEA del sector	1947		1960	
	Miles	%	Miles	%
Agropecuario	1.646	26,3	1.457	19,5
Secundario	1.801	28,7	2.473	33,0
Terciario	2.820	45,0	3.549	47,5
Total	6.267	100,0	7.479	100,0

Fuente: Censos Nacionales de Población de 1947 y 1960.

Como se desprende del cuadro, estamos en presencia de un sector secundario que mostraba un fuerte dinamismo en el marco de un despoblamiento del mundo rural y la existencia de un sector terciario que mantenía su predominio relativo, contribuyendo en forma sustancial al mantenimiento del empleo. A partir de este perfil ocupacional, puede obtenerse una idea bastante aproximada de los cambios en la estructura social por medio de la clasificación de las ocupaciones registradas en los sectores de actividad según su ubicación en la organización económica y luego por su agrupamiento en grandes conjuntos en términos de clases sociales. Éste es un análisis realizado por Susana Torrado, a quien seguimos en este punto, prestando atención, con ella, principalmente a la situación de las clases medias y las clases trabajadoras urbanas. Al respecto, destaquemos que las ocupaciones de las clases medias se expandieron más rápido entre 1947 y 1960 que las correspondientes a las clases trabajadoras: las primeras lo hicieron a una tasa anual del 25%, mientras que las segundas crecieron al 18%. Es decir que, en términos comparativos, en la estructura ocupacional del país se crearon y llenaron más posiciones de empleados y pequeños y medianos empresarios que posiciones de obreros y trabajadores por cuenta propia.

Para colocar esta evolución en el contexto de la época evoquemos brevemente las transformaciones que experimentó la estructura ocupacional. Éstos fueron los años en que se produjo la ampliación de las actividades a cargo del Estado, la modernización del aparato productivo, el gran aumento de la educación y los servicios. Todos estos procesos simultáneos impulsaron el incremento de las ocupaciones no manuales en relación de dependencia, los trabajadores de cuello y corbata. Así ocurrió en el sector terciario, donde la figura hasta entonces típica del vendedor de comercio perdió relieve frente a la multiplicación de los empleados del gobierno, el correo, los bancos, las instituciones escolares y las actividades recreativas. Un fenómeno similar se observó, asimismo, en el sector secundario. Allí la introducción de técnicas de administración más sofisticadas en los establecimientos manufactureros de mayor tamaño condujo al aumento de la demanda de empleados de oficina. Previsiblemente, la incorporación de personal administrativo fue acompañada por la reducción de la participación de los obreros en las plantillas de la industria: si en 1947 por cada 100 obreros había 13 empleados, en 1960 el número de éstos era 24. La fuerte expansión de las burocracias públicas y privadas hizo, así, que las clases medias asalariadas fuesen el estrato social más dinámico entre las dos fechas censales, con un crecimiento por año del 26%.

En orden de magnitud le siguieron las clases medias autónomas, que en este registro incluyen a los pequeños propietarios de la industria, los servicios y el comercio, con una tasa de crecimiento entre los dos censos del 22,9%. El último sector, el de comercio, fue el que más oportunidades ofreció a este estrato social

en la floreciente economía urbana, al absorber el 45% de su crecimiento entre 1947 y 1960, en la forma predominante de comerciantes por cuenta propia o con pocos dependientes. En la industria, las condiciones favorables dentro de las que tuvo lugar la sustitución de importaciones -el proteccionismo y los créditos subsidiados- también permitieron la instalación de muchas pequeñas empresas con muy poco capital y fuerte ayuda familiar- De acuerdo con el censo industrial de 1954 el 60% de los establecimientos existentes había sido creado después de 1945. En conjunto, éstos aportaban sólo un 22% a la producción total de la industria y tenían en promedio 3,6 asalariados, sus propietarios fueron el otro gran componente del que se nutrió la pequeña y mediana burguesía que creció al abrigo del desarrollo del mercado interno y del consumo masivo.

Aunque a un ritmo de crecimiento relativo menor que los dos estratos anteriores, con una tasa anual del 18,2%, las clases trabajadoras asalariadas fueron las que más empleos sumaron en términos absolutos, unos 500 mil, entre 1947 y 1960, para ser la categoría más numerosa de la pirámide social urbana. Dentro de ella casi el 50% estaba ocupado en la industria manufacturera. De un censo a otro los obreros industriales pasaron de 1.000.000 a 1.200.000. En términos generales, ésta era una clase trabajadora joven: hacia 1947 entre el 50 y el 70% de los obreros preexistentes en el área metropolitana había sido reemplazado por nuevos obreros reclutados entre la masa siempre renovada de los inmigrantes del interior.

Finalmente, completando el cuadro, tenemos a los trabajadores autónomos, que comprenden a artesanos, cuentapropistas y personal doméstico, creciendo entre 1947 y 1960 a una tasa anual del 17,4%. Durante ese lapso su composición interna tuvo variaciones significativas ya que el sector mayoritario, integrado típicamente por mujeres que se desempeñaban en el servicio doméstico, perdió posiciones- del 63,5% del total en 1947 descendió al 53,6% en 1960, reflejando los nuevos horizontes que se abrían para aquéllas en el mundo del trabajo fabril y los servicios. Las que aumentaron, en cambio, fueron las ocupaciones en tareas de reparación (mecánicos, electricistas), en servicios personales (peluquerías, lavanderías) y oficios vinculados a la construcción (pintores, albañiles, plomeros), actividades todas que requerían un capital inicial mínimo y, por ello mismo, eran un primer canal de avance social para sectores de las clases trabajadoras urbanas.

Una visión más precisa de la fluidez de la estructura social en los años del peronismo desde la perspectiva de los estratos más bajos puede obtenerse a partir de la investigación sobre la movilidad social en Buenos Aires y su periferia que Gino Germani realizara en 1960 y cuyas conclusiones iluminan retrospectivamente lo sucedido en el período. Hacia 1960 la mitad de los que habían nacido de padres obreros radicados en la ciudad ya no se encontraba en la situación de trabajador asalariado: había ascendido a la clase media. Dentro del mismo estrato dependiente, otro 40% había pasado de empleos no calificados a ocupaciones calificadas. Estos cambios se produjeron tanto por la movilidad individual como por la sucesión generacional. Un tercio de los jefes de familia entrevistados en 1960 había pasado del estrato de trabajador manual al de clase media en el curso de su vida ocupacional; a su vez, para ese entonces, más del 50% de los hijos de padres obreros que habían ingresado al mercado de trabajo en las décadas del treinta y el cuarenta se desempeñaba en tareas no manuales.

Como ilustran los datos reseñados, a partir de 1946 cobró forma una nueva edición del proyecto de movilidad que había acompañado la trayectoria del país en los albores del siglo. En ese marco, más argentinos pudieron mirar a los que estaban situados arriba de ellos en la escala social con la expectativa de que en poco tiempo ellos o sus hijos habrían de alcanzarlos. Esta vez, sin embargo, lo que tenían por delante no era la simple repetición de las peripecias propias de la aventura del ascenso individual. La novedad del peronismo en el poder consistió en que el Estado se ocupó de allanarles el camino, removiendo los obstáculos y ampliando los procesos que venían ocurriendo en la economía nacional. Para constatarlo, una primera vía de entrada la brindan los cambios en la distribución del ingreso nacional. Aquí tenemos que la participación del componente salarial superó por vez primera en la historia la retribución obtenida en concepto de ganancias, intereses y renta de la tierra. En 1948 aquél ascendía al 53% contra el 47% de éste, una relación claramente favorable respecto de la situación imperante sólo cinco años atrás, cuando los asalariados percibían 44,4% mientras que los empresarios, capitalistas y rentistas recibían el 55,6%.

En los cambios operados en la distribución del ingreso nacional influyeron, por un lado, los efectos de las transformaciones estructurales en curso antes de 1946 y, por otro, los efectos de la acción gubernamental, que complementaron a aquéllos imprimiéndoles un impulso adicional. En cuanto a los primeros, se trató de las repercusiones de un fenómeno ya identificado: el desplazamiento de trabajadores de las zonas rurales a las actividades urbanas. La distribución del ingreso de los lugares de origen de los migrantes internos era notoriamente más desigual debido a las marcadas diferencias entre la situación de los trabajadores y la de los dueños de tierras. En el sector urbano de las áreas donde éstos aflúan los contrastes tendían, en cambio, a ser menos intensos ya que, por ejemplo, el número de ocupaciones asalariadas en el estrato de ingresos medios era más elevado. Por consiguiente, aquí la distribución de ingresos tenía un perfil

menos desigual. En la relocalización de la fuerza de trabajo inducida por la industrialización y la urbanización radicó, pues, buena parte de la explicación del incremento observado en la participación de los salarios en el ingreso nacional,

Este resultado previsible de los procesos en marcha en el país fue luego potenciado desde el gobierno a través de diversos instrumentos. Uno de ellos fue el respaldo oficial a la sindicalización y a la fijación de salarios por medio de convenios colectivos. En un breve lapso, más del 50% de los trabajadores urbanos se organizó en sindicatos y con ese poder de presión acrecido por el alto nivel de empleo lograron aumentos generalizados de los salarios nominales en las mesas de negociación. Los avances en la posición relativa de los asalariados estuvieron también facilitados por otro instrumento de la acción gubernamental, una política general de salarlos en consonancia con su estrategia de estímulo a la demanda interna. Esta política salarial oficial, además de tener aplicación directa en las actividades comprendidas en el sector público, delimitó el contexto en que se llevaron a cabo las negociaciones obrero-patronales, actuando como una sólida plataforma de la redistribución de los ingresos monetarios. A todo esto hay que agregar que la magnitud de los aumentos en los salarios nominales superó en los primeros años del período a los aumentos en la tasa de inflación. Ello trajo consigo una formidable expansión de los salarios reales, los cuales hacia 1949 eran un 62% más altos que en 1945.

La acción redistributiva del gobierno fue visible, asimismo, mediante otro instrumento, la política de precios relativos y su impacto sobre la canasta de consumo familiar. Recordemos al respecto que el peronismo aprovechó los altos precios internacionales de los productos del agro en el momento de su ascenso al poder para financiar el crecimiento industrial y el aumento del gasto público. Para ello el Estado se apropió de los mayores ingresos del campo a través del control del comercio exterior y la política cambiaría y los transfirió al sostenimiento de la economía urbana. Con esta política de precios relativos volvió compatible el incremento simultáneo de los salarios de los trabajadores y los beneficios de los empresarios. Dicha política hizo posible también algo más: la redistribución del bienestar a favor de los sectores de más bajos ingresos. A ese objetivo contribuyó indudablemente la caída experimentada en los precios relativos de los productos del agro, que impidió que el alza de los precios internacionales repercutiera internamente encareciendo el precio de los alimentos. El reforzamiento del poder adquisitivo de los salarios fue alcanzado, además, mediante controles de precios a nivel minorista y subsidios a los bienes de consumo popular, incluidos los alquileres de vivienda.

Resumiendo, las medidas de política del gobierno sumaron sus efectos a los que se derivaban del desplazamiento de los trabajadores del campo a las actividades urbanas y unos y otros, combinados, promovieron una redistribución sustantiva del ingreso nacional. El mejoramiento de la posición relativa de los asalariados sufrió, empero, un vuelco hacia el cuarto año del gobierno peronista. En 1949 llegó a su fin la bonanza del comercio exterior iniciada en 1945 al invertirse el signo de los términos de intercambio: los precios de las exportaciones del agro disminuyeron con relación a los precios de los bienes que el país compraba en el exterior (insumos industriales y maquinarias). Esta tendencia negativa fue acompañada por la caída del volumen de las exportaciones debido tanto a la pérdida de cosechas a causa de dos grandes sequías como a la reacción de los productores rurales contra la política de precios del gobierno. Al contraerse su principal fuente de financiamiento, la prosperidad peronista se interrumpió, la economía entró en una fase de estancamiento y aumentó la inflación. En el corto plazo, éste habría de ser, no obstante, un paréntesis pasajero.

Pablo Gerchunoff y Damián Antúnez se han ocupado en este libro de la respuesta oficial a la coyuntura adversa que enfrentó el país entre 1949 y 1952 y a ellos nos remitimos. Basta con señalar aquí que cuando, después de iniciativas parciales y, a la postre, inefectivas, en 1952 el gobierno se decidió por un plan de ajuste, éste reflejó un cambio en sus prioridades: del énfasis en la expansión se pasó a la preocupación por la estabilidad y el respaldo a la industria fue sustituido por el estímulo al campo. El objetivo de la estabilidad fue instrumentado mediante una batería de medidas de corte ortodoxo en materia de gasto público y política monetaria e Incluyó una novedad: la suspensión por dos años de las negociaciones colectivas luego de un reajuste general de salarios y precios. En cuanto a la crítica situación externa, el gobierno recurrió a la contracción de las importaciones y al aliento a las exportaciones del agro pero lo hizo sin apelar a la devaluación de la moneda. Éste hubiera sido un medio rápido para salir del paso pero al costo de un incremento en el precio de los alimentos. En lugar de esta alternativa, que entrañaba un fuerte golpe sobre la canasta de consumo popular, las medidas adoptadas para devolver rentabilidad al campo consistieron en más créditos y en precios internos subsidiados.

Los cuidados puestos por la acción gubernamental con vistas a atenuar el impacto de la crisis sobre los asalariados no bastaron para impedir una caída de los salarios reales cercana al 26%. Lo cierto es que, en definitiva, el plan de ajuste permitió capear la emergencia, la inflación se redujo, la actividad económica

recuperó su dinamismo a partir de 1953 e incluso el problema externo fue superado, al menos temporariamente. En este contexto, las convenciones colectivas volvieron a reunirse en 1954 y culminaron con una nueva ola de aumentos en los salarios nominales. Haciendo un balance final, tenemos que hacia 1955 los salarios reales todavía eran superiores en más del 60% a los correspondientes a 1945 y la participación de los asalariados en la distribución del ingreso nacional alcanzaba al 50%.

#### **Impresiones de un inmigrante europeo recién llegado en los años 50**

*"Aquella era una Argentina bullanguera, más bien próspera, 'con lo que tira a la basura una familia argentina vivirían dos familias europeas' decía Perón y en esto tenía razón. Acostumbrados los inmigrantes a comprar por cien gramos o hasta por gramos en aquellos años de la posguerra, sorprendía la abundancia argentina. El peso mínimo de la compra (para la manteca, el queso de rallar, el jamón) era de un cuarto de kilo y de un kilo para la carne. La gran parrillada, el asado, impresionaba al europeo."*

Vanni Blengino, *Más allá del océano*, CEAL. Buenos Aires. 1990.

La sociedad móvil de los años del peronismo fue, pues, una sociedad con una estructura de ingresos más igualitaria. Y, con más ingresos disponibles, los argentinos pudieron consumir más y en forma más variada. La evolución de los dos rubros básicos del presupuesto de las familias -los alimentos y la vivienda- tuvo un papel central en la elevación de los niveles de vida de la población, particularmente de los estratos populares. Ya aludimos antes al abaratamiento de los alimentos. Destaquemos, ahora, lo ocurrido con ese componente tan esencial de la dieta nacional, la carne. Durante 1946-1952 se produjo en el país la mayor cantidad de carne registrada hasta entonces, pero a pesar de esa abundante oferta desde 1947 la cantidad de carne exportada disminuyó en forma continua. La razón: el aumento sostenido del consumo interno. En el destino de la producción, éste representaba el 75,2% en 1946, pero seis años más tarde ya alcanzaba al 88,8%. En la crisis de 1952, los precios máximos oficiales fijados para la carne fueron suprimidos y hubo que introducir días de veda en los restaurantes para frenar un consumo que, de todos modos, retornó con fuerza una vez superada la emergencia.

Con relación a los gastos de vivienda, lo que hizo el gobierno fue mantener la política puesta en marcha por la anterior administración conservadora, que en 1943 decidió el congelamiento de los alquileres y la prohibición de los desalojos. Por medio de una sucesión de decretos y leyes, dicha política fue prorrogada, de tal forma que entre 1943 y 1955 los alquileres subieron solamente un 27,8%, un aumento insignificante frente al incremento general del costo de vida, cercano al 700%, entre esos años. El impacto que tuvo la regulación de los alquileres emerge claramente al tomar en cuenta que, de acuerdo con el censo de 1947, más del 70% de las viviendas del área metropolitana estaban ocupadas por inquilinos. Un beneficio adicional lo aportó también el control oficial establecido sobre los precios de la electricidad y los servicios públicos como los transportes y teléfonos.

La reducción en el costo de los gastos básicos de la canasta de consumo popular permitió disponer de más ingresos para otros gastos. Esto se reflejó en la producción de una gran variedad de bienes. Los mayores gastos en bebidas llevaron a un aumento del 35% de la cantidad de vino de mesa producido entre 1946 y 1953; en el mismo período, la producción de cerveza aumentó un 41%. También mejoró la indumentaria de las familias, impulsando a las manufacturas textiles y de confecciones, que crecieron en la década peronista el 40% y el 41%, respectivamente. Asimismo, durante esos años más hogares pudieron tener acceso a los artefactos de uso doméstico que la industria fabricaba en grandes cantidades. Así fue que la refrigeradora a hielo comenzó a ser reemplazada por la heladera eléctrica, cuya producción aumentó más de cuatro veces entre 1941 a 1953. A su vez, la cantidad de planchas eléctricas producidas en ese lapso se multiplicó por tres y la de los calefones eléctricos lo hizo por ocho. Entre tanto, el gas, traído a Buenos Aires desde las cercanías de Comodoro Rivadavia por un gasoducto iniciado en 1947 y terminado dos años después, decretó el fin de la antigua "cocina económica" y, en su lugar, se popularizó otra, más cómoda, limpia y manejable. El presupuesto de las familias incluyó, igualmente, más fondos para los gastos en recreación, como lo puso de manifiesto el incremento de los asistentes a las salas de cine y a los espectáculos deportivos.

## **LAS VÍAS DE ACCESO AL BIENESTAR SOCIAL**

Con la redistribución de los ingresos y la expansión de los consumos, la prosperidad de los años del peronismo -sólo quebrada en los momentos difíciles de mitad del período- fluyó a lo largo de la pirámide

social urbana como nunca antes en el pasado. Por cierto, esta vivencia directa y palpable en los más diversos aspectos de la existencia cotidiana tuvo distintas implicaciones dentro de la población. Entre los sectores trabajadores de más reciente radicación ella significó la ampliación de sus horizontes más allá de las necesidades inmediatas de subsistencia. Para los obreros más establecidos, los empleados y las clases medias representó el acceso a una mayor variedad de bienes y un mejor aprovechamiento de los beneficios de las políticas sociales y del gobierno. Un ángulo apropiado para observar este contraste lo ofrecen las iniciativas en torno de un problema candente de la hora, la cuestión de la vivienda.

Con la aceleración del proceso de urbanización a partir de mediados de la década del treinta la pregunta acerca de cómo dar y garantizar abrigo y techo había ido ganando relevancia pública. La decisión de congelar los alquileres y prohibir los desalojos adoptada en 1943 puede ser vista como una expresión de ello. Con esa iniciativa, el gobierno del presidente Castillo procuró neutralizar los efectos de la presión sobre el mercado inmobiliario que ejercía la afluencia creciente de nuevos residentes urbanos. Una idea de la envergadura que había alcanzado la cuestión de la vivienda en el epicentro de ese movimiento poblacional la suministró el censo escolar llevado a cabo ese mismo año. Los datos de dicho relevamiento permitieron establecer condiciones de hacinamiento colectivo, cuando más de cuatro familias compartían una misma casa, y de hacinamiento individual, allí adonde más de cuatro miembros de una misma familia dormían en una misma pieza.

De acuerdo con el análisis del censo hecho por Anahí Ballent, en 1943 Buenos Aires mostraba el valor más alto del país en hacinamiento colectivo, una situación que comprendía al 22% de las familias. Por el contrario, su nivel de hacinamiento individual estaba entre los más bajos, afectando al 18,5% de las familias. Reuniendo ambos índices, tenemos que en la capital del país una familia tenía más probabilidades de disponer de una mayor cantidad de cuartos pero tendía a menudo a compartir la vivienda que habitaba con otras familias en condiciones escasamente confortables. En las provincias, en cambio, era más alto el índice de hacinamiento individual, revelando que era más frecuente encontrar viviendas con una única habitación o con un número reducido de habitaciones respecto de los que convivían en ellas. Para completar la descripción, destaquemos que la situación en la que varias familias compartían una misma casa tenía en Buenos Aires un alcance aún mayor. En efecto, sin llegar al límite del hacinamiento, ésta era la condición en que se hallaba el 54% de las familias censadas, superando los valores de los inquilinatos o pensiones. Un cuadro semejante indicaba por lo menos dos cosas: primero, que era frecuente que las familias alquilaran habitaciones de sus viviendas a fin de equilibrar el presupuesto; segundo, que muchas nuevas parejas, sin ahorros suficientes para instalarse por su cuenta, optaban por acomodarse como fuera en la que era la casa de sus padres.

No sorprende, por lo tanto, comprobar que en Buenos Aires las viviendas ocupadas por sus propietarios fuesen una minoría. Según el censo de 1947, comprendían sólo el 17,5% del total de viviendas. En el Gran Buenos Aires, donde la tierra tenía un costo menor, el panorama se presentaba mejor ya que los propietarios constituían el 43,3% de los habitantes de viviendas. En términos generales, se puede afirmar que la casa propia, que simbolizaba desde principios de siglo la culminación ideal de la aventura del ascenso individual, permanecía todavía fuera del alcance de muchos. El peronismo en el gobierno modificó ese estado de cosas. "El derecho a la vivienda" figuró desde muy temprano en su programa de reparación social y, al mismo tiempo, sirvió para dar estímulos a la industria de la construcción en forma consistente con su política de expansión del mercado interno.

Entre las iniciativas oficiales en el terreno de la vivienda ya se mencionó el congelamiento de los alquileres. Para ampliar el mercado de la construcción, en 1948 fue aprobada la Ley de Propiedad Horizontal. Antes de su promulgación sólo se podía ser propietario de casas individuales o de casas colectivas, como se llamaban los edificios de departamentos, habitados típicamente por familias de clase media. La ley 13.512 admitió en este último caso la división de la propiedad por unidades permitiendo, en consecuencia, la adquisición de departamentos. Aunque al amparo de la nueva legislación se construyeron edificios de departamentos, el auge de la propiedad horizontal se produjo recién en los años posteriores a la gestión del peronismo. En los hechos, el principal efecto de la ley fue facilitar la venta de los departamentos ya existentes a sus inquilinos, luego que el congelamiento de los alquileres restara todo atractivo a la propiedad con propósitos de renta. En verdad, la iniciativa oficial más importante para democratizar el acceso a la vivienda se concretó a través del crédito barato por intermedio del Banco Hipotecario Nacional. Como lo destacara Oscar Yujnovsky, los créditos del BHN operaron como mecanismos de redistribución de ingresos ya que no requerían depósitos previos y sus tasas de interés no se reajustaban al ritmo de la inflación. En estas condiciones, y a pesar de los aumentos en los costos de la construcción, los sectores asalariados pudieron afrontar los créditos para vivienda. La proporción del salario que un obrero calificado necesitaba para pagar su crédito aumentó del 23,8% en 1943 al 31,7% en 1954. Ésta era, con todo, una deuda

manejable; en cambio, los obreros no calificados tuvieron mayores dificultades pues las cuotas del crédito, que equivalían al 36,1% de su salario en 1943, alcanzaron al 42,7% en 1954. De acuerdo con las estadísticas recogidas por Peter Ross, quienes aprovecharon los créditos del BHN fueron, en particular, los empleados públicos. Así, por ejemplo, de las 54.895 solicitudes de crédito para vivienda en 1954, 24.870 correspondieron a ese estrato. Solamente solicitaron créditos 2.848 obreros del sector público. De manera similar, los empleados del sector privado sobrepasaban de lejos a los obreros de este sector, 13.948 y 6.761 respectivamente. En suma, en 1954 el 77% de las solicitudes provinieron de empleados y las restantes correspondieron a obreros.

Además de la política de crédito barato, el gobierno tomó a su cargo la construcción de viviendas con destino a sectores de menores recursos. Las iniciativas más importantes se localizaron en la periferia de la capital y respondieron en su diseño tanto a la imagen ideal de la ciudad jardín" -tal fue el caso de las 5.000 casas del barrio Ciudad Evita, en dirección del aeropuerto de Ezeiza- como al perfil más austero de los monobloques de cemento -por ejemplo, las 1.100 viviendas del barrio Los Perales en Mataderos-. Más que en estos programas oficiales, el crecimiento del Gran Buenos Aires, que llegó a concentrar en 1960 el 26,49% de la población urbana del país, descansó en el proceso más molecular de la autoconstrucción, a partir del financiamiento bancario y el loteo masivo de tierras. La inversión pública en infraestructura no pudo seguir, empero, el ritmo de esta urbanización rápida y desordenada, de tal modo que en 1960 en el Gran Buenos Aires cerca del 60% de la población no tenía agua corriente y el 75% tampoco tenía desagües cloacales. Carencias como éstas no alcanzaron, sin embargo, para cancelar el mayor logro de estos años: convertir el sueño de la casa propia en una realidad al alcance de más argentinos. El número de viviendas alquiladas en el área metropolitana que en 1947 se elevaba al 70% en 1960 descendió al 42%, mientras que las viviendas ocupadas por propietarios pasaron de 26,8% al 58,1 % a lo largo del período.

La contrapartida de esta evolución promisoriosa fue la situación en que se encontraron los pobladores sin dinero suficiente para alquilar o comprar un lote de terreno en cuotas. Para ellos la alternativa disponible fue convertirse en ocupantes, a menudo ilegales, de tierras fiscales, en zonas inundables o de escaso valor, en las llamadas "villas de emergencia". En 1956 unas 110.000 personas vivían en estas condiciones en el conglomerado y, de ellas, cerca de 35.000 en asentamientos ubicados en la propia ciudad de Buenos Aires.

Dos son las conclusiones que es posible extraer de esta somera reconstrucción de la cuestión de la vivienda y sus soluciones durante los años del peronismo. La primera es que la acción del gobierno contribuyó y mucho a corregir el déficit que encontró a comienzos de su gestión. La segunda conclusión se refiere a las consecuencias del principal instrumento al que se recurrió para ello, el crédito subsidiado. Como ocurre con las políticas redistributivas de alcance general, al momento de recoger los beneficios emergen las diferencias en el punto de partida de los que son sus destinatarios, esto es, diferencias en cuanto a los medios económicos, a la información, a los contactos sociales y políticos. Vista desde este ángulo se comprende que la tajada mayor en la política de acceso a la vivienda llevada a cabo por el peronismo haya correspondido a quienes estaban mejor ubicados para aprovecharla, el vasto sector de las clases medias. Más en general, si cabe afirmar que entre 1946 y 1955 estamos ante un proceso de democratización del bienestar es a condición de reconocer al mismo tiempo que éste fue un proceso cuyos resultados se distribuyeron en proporción a los recursos de poder e influencia de los distintos grupos sociales.

Una confirmación adicional la encontramos en el terreno de las políticas de protección social. Comenzando por las jubilaciones, tenemos que la previsión social había comenzado a ser reconocida en el país de manera muy limitada en 1904 con la creación de la caja de empleados públicos. En los años sucesivos la cobertura de las necesidades de la vejez se fue extendiendo poco a poco, en 1915 a los trabajadores ferroviarios, en 1921 al personal de los servicios públicos, en 1923 a los empleados bancarios, en 1939 a los periodistas y al personal de la marina mercante. El gran impulso a la previsión social vino con la Revolución de junio de 1943; en ese año se creó la caja de empleados de comercio y, ya instalado el gobierno peronista, la caja del personal de la industria en 1946. El salto en el número de afiliados al sistema previsional fue considerable: de los 481,837 que eran en 1943 pasaron a 2.317.946 en 1947, casi cinco veces más. Durante los primeros años del peronismo el régimen jubilatorio operó con un enorme superávit ya que era muy reducida la proporción de beneficiarios, circunstancia que permitió al gobierno contar con ingentes recursos para financiar las cuentas públicas.

Con independencia de su mayor alcance, el hecho es que el sistema de previsión siguió funcionando de acuerdo con cómo venía haciéndolo hasta entonces. La protección a la vejez se había ido desarrollando en el tiempo siguiendo la trayectoria de los esfuerzos propios de trabajadores por asegurarse medios de subsistencia una vez retirados del mercado de trabajo. Cuando fueron exitosos, esos esfuerzos se materializaban en un esquema jubilatorio sostenido por las contribuciones obligatorias de los trabajadores y sus empleadores. La extensión de este tipo de protección social a una nueva categoría de trabajadores daba

lugar a la creación de un nuevo esquema, autónomo de los otros en su financiamiento y gestión y también diferenciado en cuanto a los beneficios que otorgaba. El monto de las jubilaciones era dependiente del nivel de las retribuciones percibidas por los trabajadores y éstas variaban tanto a lo largo de su historia laboral como, sobre todo, según cuál fuera el sector de actividad donde habían estado ocupados.

El peronismo terminó haciendo suya sin cambios apreciables esta fórmula de cobertura de los riesgos de la vejez basada en el principio de la participación laboral. En 1944 fue creado el Instituto Nacional de Previsión Social con dos finalidades principales, La primera, promover la jubilación entre los trabajadores que carecían de ella. Este objetivo fue, inicialmente, alcanzado como ya indicamos por medio de las cajas para los empleados del comercio y el personal de la industria. A ellas se agregaron luego, en 1954, las de los trabajadores rurales y los trabajadores autónomos, llevando a 4.691.411 el número de afiliados al sistema previsional. La segunda finalidad fue incorporar a los diversos esquemas jubilatorios en un régimen unitario para coordinar su acción y reducir la desigualdad de derechos y obligaciones existentes entre sus beneficiarios.- El intento no fue muy lejos, sin embargo, porque las cajas pasaron a formar parte de la nueva agencia estatal en calidad de secciones, conservando sus fondos y sus regímenes jurídicos y administrativos.

La vía de la reforma fue otra vez explorada en el Primer Plan Quinquenal, 1947-1951. Como lo ha indicado Peter Ross, el documento oficial del plan, presentado al Congreso en octubre de 1946, contenía una fuerte crítica a las cajas previsionales existentes, por ser al mismo tiempo demasiado generosas y demasiado restringidas. Por un lado, otorgaban elevadas jubilaciones a una edad temprana y brindaban a ciertos grupos de trabajadores seguros por enfermedad y de vida pero, por otro, no ofrecían asistencia médica ni subsidios por desempleo. El Primer Plan Quinquenal propuso hacer tabla rasa con estas instituciones para introducir en su lugar una seguridad social universal. Los niveles de contribución para su sostenimiento se calcularían de acuerdo con el ingreso de una familia modesta promedio, con aportes de trabajadores y empleadores, incrementados en forma progresiva según los salarios. Los beneficios comprendían jubilación a los sesenta años y seguros contra accidentes, en enfermedades, maternidad, incapacidad, fallecimiento y desempleo. La propuesta no llegó a ser implementada, sin embargo.

La presión más importante en su contra provino de los propios trabajadores afiliados a las cajas, que se resistieron a un proceso que conducía a una nivelación de los beneficios. Esta fue una resistencia que el gobierno prefirió no desafiar. En 1953 una nueva legislación retrotrajo la situación al estado anterior a la creación del Instituto Nacional de Previsión Social, las cajas recuperaron su autarquía, y aquél vio limitadas sus atribuciones al decidir sólo en materia de recursos de apelación. El resultado de la gestión peronista fue, así, la extensión de la red de protección social a secciones más amplias de la población pero también la fragmentación de la solidaridad pública en función de la distinta capacidad de presión de las categorías de trabajadores en el mercado.

La suerte corrida por la única innovación que se apartó de la fórmula que asociaba la protección social con los resultados en el mercado ilustró cuán sólidos eran los principios e instrumentos heredados del pasado. En 1948, por la ley 13.478, se establecieron pensiones no contributivas para los mayores de 60 años que no estuvieran amparados por algún esquema jubilatorio y no contaran con medios suficientes de subsistencia, a ser financiadas con fondos de la lotería nacional. Si bien tenía un carácter residual y sus beneficios estaban sujetos a que se probara la condición de indigente, este nuevo régimen ampliaba las fronteras del sistema previsional más allá del principio de la participación laboral. Ocurrió que cuando fue reglamentado, en 1949, su aplicación quedó circunscripta a la Capital Federal y los territorios nacionales, excluyendo a las regiones más pobladas del interior donde los casos de extrema necesidad eran seguramente más probables y frecuentes.

Un desenlace en cierto modo semejante al observado en la previsión social se verificó en la política de salud pública. En este campo, la acción gubernamental tuvo una envergadura inédita en el país y quedó asociada a la figura del doctor Ramón Carrillo, su principal impulsor. Designado al frente de la recién creada Secretaría de Salud Pública en 1946, logró que en 1949 fuera promovida a la jerarquía de ministerio, cuya dirección ocupó hasta 1954. Desde esta plataforma, Carrillo procuró llevar a la práctica el programa desarrollado por el pensamiento sanitarista en la década precedente, un programa que ponía el acento en el primado de la intervención estatal y que confiaba a esa intervención la misión de centralizar las tareas de atención médica y de asistencia social a los efectos de una acción integral. Con el mismo espíritu que lo hiciera en materia de jubilaciones, el Primer Plan Quinquenal condensó dicha misión en el objetivo de crear un sistema unificado de salud que prometía brindar el cuidado médico, curativo, preventivo y de asistencia social a todos los argentinos. Esta ambición universalista, que apuntaba a alcanzar a la población como un todo sin distinciones, tropezó, sin embargo, con una variedad de obstáculos. Antes de referirnos a ellos destaquemos que, de todos modos, la acción gubernamental comportó un mejoramiento sustantivo en las condiciones de la salud pública.

Para limitarnos a unos pocos indicadores, la oferta de atención médica casi se duplicó en el período. En 1946 el número de camas en hospitales era de 66.300 y en 1954 sumó 131.440, con un incremento del 98,3%, y ello permitió, a su vez, que la cantidad de camas por cada 1.000 habitantes se elevara de 4 en 1946 a 7 en 1954. Esta mayor disponibilidad fue el resultado de las fuertes inversiones realizadas en la construcción de hospitales y puestos sanitarios, así como de los trabajos de modernización organizativa llevados a cabo para corregir las deficiencias heredadas del sistema de salud. Paralelamente, las campañas masivas y de alcance nacional para erradicar las enfermedades endémicas fueron una actividad central de la gestión de Carrillo. Entre ellas la lucha por erradicar el paludismo, que afectaba en particular a las provincias del norte, ocupó un primer lugar y tuvo un desenlace exitoso gracias a la utilización en gran escala de DDT y a eficaces acciones preventivas. Campañas similares se hicieron con respecto a enfermedades muy extendidas, como la tuberculosis y la sífilis, las cuales pudieron beneficiarse con la difusión contemporánea de la penicilina y sus derivados. Con la misma inspiración, la educación sanitaria de la población fue otra de las iniciativas prioritarias; como parte de ella fue obligatorio presentar certificados de vacunación para inscribirse en la escuela, realizar trámites administrativos y también viajar.

La acción del Ministerio de Salud Pública fue respaldada por la realización de obras de infraestructura. Con la consigna *Nada es más grande que el agua*, el gobierno peronista extendió los desagües cloacales, la construcción de acueductos y la provisión de agua potable. Los progresos en este terreno fueron, no obstante, lentos. En 1942 aproximadamente 6 millones y medio de habitantes tenían agua corriente y un poco más de 4 millones servicios cloacales; en 1955 los números eran 10 millones y 5 millones y medio respectivamente. Los problemas económicos hacia la mitad del período conspiraron contra estas inversiones y afectaron asimismo los planes de construcción de hospitales y centros de salud. Hubo sí una mejoría en la oferta de personal médico, tributaría, en general, de desarrollos previos, ya que debido a la duración de la formación en medicina -unos ocho años en promedio- los esfuerzos oficiales recién hubieron de tener efectos en el período posterior. Según las estadísticas disponibles, el número de médicos creció de 8.310 en 1934 a 22.412 en 1954, lo que llevó a que se pasara de un médico por cada 1250 habitantes a cada 850 habitantes entre ambas fechas. El promedio nacional alcanzado al cabo de veinte años, es innecesario aclarar, reunía situaciones muy disímiles. Los mejores indicadores se registraban en la Capital Federal, Córdoba y Santa Fe. En el resto del país, la relación médicos por habitante, si bien mejoró, estuvo lejos de ser satisfactoria. Ocho provincias tenían un médico por cada 1.700 a 2.500 habitantes, mientras que en otras seis y en los territorios nacionales había menos de un médico por cada 2.500 habitantes.

Esta imagen de un progreso cierto pero desigual en los niveles de salud del país conserva toda su vigencia al considerar el impacto de las políticas oficiales de la época. Los datos revelan un descenso sostenido en la tasa de mortalidad para todas las edades de la población. La mortalidad infantil, por ejemplo, cayó de 80,1 por mil en 1943 a 70,4 por mil en 1947 y a 66,5 por mil en 1953. A su vez, la esperanza de vida promedio de los argentinos aumentó de 61,7 años en 1947 a 66,5 años en 1951. Al desagregar estos índices en términos sociales y en términos regionales se comprueba que los valores más positivos eran características de los estratos sociales más altos y de las grandes áreas urbanas de las provincias del Litoral. Fue precisamente contra diferencias semejantes y en nombre de la igualdad de oportunidades del conjunto de la población que Carrillo concibió el proyecto de un sistema unificado de salud.

Como anticipamos, dicho proyecto tropezó con obstáculos importantes, sobre los cuales Susana Belmartino ha llamado la atención. Para comenzar, en 1944, la Dirección Nacional de Atención Médica y Asistencia Social fue dividida en dos: la Dirección Nacional de Salud Pública, en la órbita del Ministerio del Interior, y la Dirección Nacional de Asistencia Social, dependiente de la Secretaría de Trabajo y Previsión. El primer organismo se convirtió en 1946 en la Secretaría de Salud Pública, para transformarse, según fue indicado antes, en Ministerio en 1949. Fuera de la jurisdicción de Carrillo quedaron, pues, las actividades asistenciales, buena parte de las cuales hasta allí estaban a cargo de sociedades de beneficencia tradicionales. Su radicación en el ámbito de la Secretaría, más tarde, Ministerio de Trabajo y Previsión, habría de dar el marco institucional para un desarrollo todavía en ciernes de la acción sindical: la provisión de servicios de salud a los afiliados. El gremio más organizado de entonces, los ferroviarios, inauguró su propio hospital en 1944 y proveyó a los demás de un modelo a imitar, que recogía la experiencia de las mutualidades creadas por las comunidades de inmigrantes extranjeros en las décadas pasadas. Como parte de la relación privilegiada de los gremios con el gobierno peronista surgirán, así, las primeras obras sociales sindicales y lo harán en forma independiente de la pretensión del ministro de Salud de colocar bajo un comando unificado la atención médica y la asistencia social en el país. En cuanto tales, las obras sociales sindicales implicaron la difusión de una fórmula de cobertura de salud a partir de criterios ocupacionales, cuyos resultados -una solidaridad tan fragmentaria y heterogénea en sus beneficios como la de las cajas de jubilaciones- estuvieron en conflicto con el programa universalista del proyecto de Carrillo.



En 1952, el Segundo Plan Quinquenal confirmó el eclipse de ese proyecto al incluir entre sus metas que los gremios desarrollaran sus propios servicios asistenciales. Para esa fecha era ya una realidad robusta pero también conflictiva con aquella otra iniciativa paralela del gobierno: nos referimos a la obra de la Fundación Eva Perón. Creada en 1948 como "Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón" para dar una estructura a las actividades que ésta venía realizando en el campo social, en 1950 tomó el nombre por el cual sería popularmente conocida. Con el surgimiento de la Fundación culminó la amplia reorganización de la asistencia social que había comenzado en 1944 y proseguido en 1946. Por medio de una sucesión de resoluciones, las sociedades de beneficencia privadas, administradas por damas de los círculos aristocráticos y sostenidas principalmente con dineros públicos, fueron transferidas con sus bienes e instalaciones al ámbito estatal. A partir de estos recursos y de otros que fluirían sin cesar, la Fundación Eva Perón se dirigió a los sectores más desamparados de la población, a ese ancho mundo de los humildes, como fue llamado, que quedaba, en los hechos, fuera de las instituciones de protección social basadas en la participación en el mercado laboral, ya sea porque no tenían un trabajo regular o porque en el caso de los más viejos, si bien habían trabajado toda la vida, muchos de ellos llegaban a la edad de retiro sin tener jubilación. La Fundación construyó hogares para huérfanos, madres solteras y ancianos indigentes, comedores escolares, hospitales de niños y policlínicas, colonias de vacaciones y hoteles de turismo, viviendas de bajo costo y escuelas de enfermeras. Por medio de actividades de prolongado eco en la memoria popular, también se hizo presente en las navidades repartiendo juguetes y bicicletas y en la organización anual de los campeonatos infantiles y juveniles de fútbol.

Volviendo a los avatares del proyecto de Carrillo, señalemos que las iniciativas de la Fundación colocaron un obstáculo adicional al puesto por las obras sociales sindicales. En efecto, la política hospitalaria del Ministerio de Salud debió acomodarse a los planes de Evita, que siempre tenían prioridad, y ello le restó recursos y coherencia a la hora de las decisiones. Un último aspecto, relativo a su financiamiento, merece ser subrayado. Los fondos de la Fundación Eva Perón provinieron de varias fuentes. Entre las más sustantivas, de donaciones no siempre voluntarias de empresas y contribuciones extraordinarias de los sindicatos, de las entradas anuales de la Lotería Nacional, los casinos y las carreras, finalmente de los aportes regulares de los trabajadores -el salario de dos días no laborales al año y los aumentos salariales del primer mes de vigencia de nuevos convenios colectivos-. Estos aportes, sumados a las contribuciones de los sindicatos, convirtieron en parte a la Fundación en un mecanismo de redistribución de ingresos dentro del propio universo de los sectores populares, desde las categorías más prósperas a las otras más necesitadas. Considerado en el marco de la época, su función fue llenar el vacío dejado por el fallido propósito de crear una red de protección social abarcativa de toda la población.

A diferencia de las políticas sociales examinadas hasta aquí, fue en el terreno de la expansión de la educación donde la democratización del bienestar durante los años del peronismo tuvo un alcance más amplio. Por cierto, el punto de partida a este respecto era claramente mejor ya que recogía los frutos de una intervención pública bastante consistente a lo largo del tiempo y del valor arraigado que la educación tenía en grandes franjas de la población como medio para el ascenso social. No obstante, a comienzos de la década del cuarenta el problema del analfabetismo continuaba siendo una fuente de preocupaciones, ha observado Raanan Rein. En este sentido, menciona los resultados de un relevamiento hecho entre jóvenes conscriptos por el Ministerio de Guerra del régimen de la Revolución de Junio. De ese estudio se desprende que, por ejemplo, del total de conscriptos de la clase 1922 incorporados en 1943 el 18,52% era analfabeto. Distinguiendo por el lugar de origen, la proporción de conscriptos que tenía dificultades para leer y escribir era en capital 4,7%, provincia de Buenos Aires 14,20%, provincias del nordeste 23,38%, del centro-este 23,42%, del norte 25,42 %, del sur 18,52%. Estas cifras provocaron inquietud en los altos mandos pues -según fue subrayado en las conclusiones del estudio- al incidir "en la preparación de las reservas del Ejército" afectaban "la defensa nacional". Se agregó, así, una razón adicional a las que existían desde antes en la cultura argentina para dar a la educación el lugar central que tendría en la agenda del gobierno peronista.

## **Cuadro II:**

Matrícula de la enseñanza primaria

Año	Total de alumnos	Tasa de crecimiento
1921	1.195.774	
1930	1.482.942	2,4%
1931	1.563.016	
1940	1.972.570	2,6%
1941	1.987.257	

1945	2.033.781	0,4%
1946	2.049337	
1950	2.272.108	2,1%
1951	2.359.854	
1955	2.735.026	3,1%

Fuente: Ministerio de Educación y Justicia, Departamento de Estadística Educativa, *La enseñanza primaria en la República Argentina 1913-1964*, Buenos Aires, 1964. pp. 14-15.

A partir de entonces se incrementó la participación de los gastos en educación dentro del presupuesto nacional, siendo en 1953-1954 un tercio más de lo que era en 1946, Asimismo, en 1948 las actividades educativas fueron separadas de la esfera del Ministerio de Justicia y convertidas en la jurisdicción de un ministerio independiente. Con la reorganización administrativa y los mayores recursos financieros se puso en marcha una activa política dirigida a ampliar el acceso a la enseñanza. Sus resultados fueron visibles en todos los niveles pero sobresalieron en particular los alcanzados en el nivel secundario.

El crecimiento de la matrícula en la enseñanza primaria durante el período permitió retomar la tendencia expansiva de las primeras décadas del siglo. Entre los años 1921-1930 y 1931-1940 su tasa de crecimiento anual se había situado en 2,4% y en 2,6%. Esta tendencia experimentó, sin embargo, un corte abrupto en 1941-1945; en estos cinco años la tasa descendió al 0,4%. Con la llegada del peronismo al gobierno la incorporación a la escuela volvió a crecer, en 1946-1950 al 2,1% y en 1951-1955 al 3,1%. A lo largo de la década la tasa de crecimiento de la matrícula fue superior a la de la población total, lo cual sugiere que el acceso a la enseñanza primaria se extendió a más sectores sociales de menores ingresos, que tuvieron a su alcance más escuelas y más maestros en las zonas centrales pero también en las zonas periféricas de la geografía del país. Sus resultados pueden ser vistos en parte por medio de la evolución de los índices de analfabetismo, siguiendo la descripción hecha por Mariano Plotkin. De 1947 a 1960 el porcentaje de analfabetos mayores de 14 años cayó del 13,6% al 8,9%. Al considerar su distribución por grupos de edad los progresos realizados aparecen con más claridad. Así tenemos que en 1960 el porcentaje de analfabetos entre los individuos cuyas edades estaban comprendidas entre 14 y 29 años -y que por lo tanto habían recibido buena parte de su escolarización durante los años del peronismo- representaban el 21,4% del total de analfabetos, trece años antes, en 1947, la proporción de los que tenían dificultades para leer y escribir en ese mismo grupo de edad era mayor y se elevaba al 25,1% del total de analfabetos.

### Cuadro III:

Matrícula de la enseñanza media

Año	Total		Especialidad							
			Normal		Bachiller		Comercial		Técnica	
	Total	Tasa	Total	Tasa	Total	Tasa	Total	Tasa	Total	Tasa
1930	83.800		23.453		31.035		8.714		20.598	
1945	202.070	8,8%	50.331	7,1%	62.151	6,2%	27.780	13,6%	61.808	12,5%
1946	217.817		59.653		66.009		30.305		61.850	
1955	467.199	11,4%	97.306	6,3%	110.735	6,8%	83.257	17,4%	175.881	18,4%

Fuente: Ministerio de Educación y Justicia, Departamento Estadístico, *Enseñanza Media Tomos I y II (Normal y Media) 1914-1963*, Buenos Aires, 1964, pp. 58-59, 283.

Aunque en la propaganda oficial se otorgó mayor atención a la alfabetización y a la expansión de la enseñanza primaria, el hecho es que estos logros fueron comparativamente menores a los observados en la educación media. La matrícula secundaria, que venía creciendo desde 1930 a un promedio anual del 8,8%, entre 1946 y 1955 lo hizo al 11,4%, de tal forma que al final de estos diez años había casi dos veces más estudiantes que al comienzo. A la vista de esta evolución, David Wiñar se ha preguntado si el crecimiento más rápido de la matrícula secundaria implicó el acceso a este nivel de enseñanza de estudiantes provenientes de las clases asalariadas urbanas. Su respuesta es afirmativa y para ello señala que las modalidades que más aumentaron fueron aquellas en las que tiende a haber más estudiantes de ese origen social, la enseñanza comercial y la enseñanza técnica, según se desprende del Cuadro III. En términos más generales, el fuerte crecimiento de la matrícula total del nivel medio -varias veces superior al crecimiento vegetativo de la población, ubicado en torno del 1,8%- puso de manifiesto su extensión a la mayor parte de los hijos de las clases medias y, a la vez, la incorporación significativa de los hijos de los estratos altos de las clases trabajadoras, sectores que contaban con el capital cultural y los recursos materiales para sacar mejor partido de la ampliación de las oportunidades educativas llevada a cabo por el gobierno peronista.

Finalmente, destaquemos que también la matrícula universitaria registró un sustancial aumento, con una tasa anual del 11,3% entre 1945 y 1955, multiplicando por tres el número de estudiantes que recibía educación superior, que pasó de 47.387 alumnos a 138.628.

Así como para el acceso a la educación puede afirmarse que las políticas oficiales y la elevación del nivel de vida se combinaron para dar mayor intensidad a un proceso que ya estaba en marcha desde tiempo atrás, lo mismo vale para otro capítulo importante de la democratización del bienestar, el desarrollo del turismo de masas. Éste fue un objetivo que estuvo presente desde un comienzo en la gestión del peronismo. Empero, lo que habría de distinguirla sería más la envergadura que la novedad de las iniciativas a través de las cuales se concretó. El esparcimiento en los lugares de veraneo como programa del uso del tiempo libre venía creciendo sostenidamente en la década del treinta, difundándose entre capas más amplias de la población. El balneario de Mar del Plata y las sierras de Córdoba eran los destinos preferidos en el paisaje turístico del país, que incluía asimismo centros más lejanos y todavía incipientes en torno de las Cataratas del Iguazú, las estaciones termales de Mendoza y Salta y el lago Nahuel Huapi. El plan de obras viales de los gobiernos conservadores contempló precisamente a los dos primeros, con la pavimentación de las rutas dos y ocho, respectivamente, ensanchando las puertas de entrada al ocio estival. Al tren se agregó ahora el automóvil y luego el ómnibus y con ellos aumentó el flujo de veraneantes, atraídos por la proliferación de hoteles y pensiones al alcance de bolsillos más modestos. Los cambios con los que se encontraron los nuevos visitantes, mayoritariamente de clase media, fueron más visibles en Mar del Plata, donde la ciudad ofreció una pantalla más expresiva que las localidades dispersas de las sierras de Córdoba a las transformaciones urbanas inducidas por la expansión del turismo.

A fines de los años treinta, el gobernador Manuel Fresco promovió una modificación radical en la antigua villa balnearia de la elite social. En 1940, la demolición de la Rambla Bristol, de estilo francés, construida veintisiete años antes como manifestación espléndida de la sociabilidad aristocrática, resumió el fin de una época. En su lugar se levantó el complejo Bristol-Casino-Hotel Provincial, formado por dos macizos edificios gemelos, separados por una plaza de cemento, que albergaban en sus dependencias cuatrocientas habitaciones del hotel, cuarenta locales para negocios, un teatro-cine con dos mil localidades, treinta departamentos en el casino, restaurantes, balnearios con ochocientas sillas, locales para clubes deportivos, una pileta de natación y amplias salas de entretenimiento. La otra obra importante consistió en la construcción de un lugar acorde con el éxodo de la elite veraneante en dirección al sur, más allá del Cabo Corrientes, en Playa Grande. Las nuevas instalaciones comprendieron ocho edificios balnearios, una pileta de natación para mil bañistas, un restaurante en armonía con el estilo señorial del Golf Club, más locales de comercio y playas de estacionamiento cubiertas. La cesión de la Playa Bristol a los turistas más recientes y la radicación de los antiguos en Playa Grande convalidó las mutaciones del paisaje social operadas en los años previos y delineó el perfil perdurable de Mar del Plata como balneario de masas. Quedó, así, preparado el escenario para recibir a la nueva ola de veraneantes que afluyó a sus playas durante los años del peronismo.

Los 380.000 turistas arribados a Mar del Plata en la temporada de 1940 aumentaron diez años después a un millón y en 1955 crecieron más todavía, sumando 1.400.000. Entre aquellos para los que llegaba por fin la oportunidad de pasar las vacaciones junto al mar un número importante era beneficiario de la política de turismo social del gobierno. Con respecto a esta política corresponde indicar que retomaba, en gran escala, experiencias conocidas en los años previos y asociadas a los primeros centros de recreación veraniega dedicados a las familias obreras levantados a iniciativa de algunos sindicatos y organizaciones católicas. Los pilares del turismo social peronista fueron colocados en 1945. El decreto por el que se creó el aguinaldo estableció un descuento del 5% con destino a la promoción del turismo entre los trabajadores y la construcción de colonias de vacaciones. Por vez primera se asignaron oficialmente fondos con ese fin, que en 1948 fueron transferidos a la Fundación Eva Perón. A ellos se sumaron otros provenientes de la estatización de los casinos en 1946. También en 1945 otro decreto generalizó al conjunto de los asalariados un beneficio que tenían sólo pocos gremios, las vacaciones anuales con goce de sueldo. En estas condiciones, una variedad de programas se pusieron en práctica.

El Ministerio de Obras Públicas construyó dos grandes colonias de vacaciones, una en Chapadmalal, a 30 kilómetros de Mar del Plata, con capacidad para 4.700 pasajeros, y la otra en Embalse Río Tercero, Córdoba, con instalaciones para 3.000. Su administración quedó a cargo de la Fundación Eva Perón, la cual amplió, a su vez, la oferta de alojamiento mediante convenios de alquiler con hoteles privados para dar albergue gratis, en especial a grupos de niños con sus maestros. Otro proyecto del Ministerio fueron las tres gigantescas piscinas, para 1.500 bañistas cada una, en las cercanías del aeropuerto de Ezeiza. La nacionalización de los ferrocarriles permitió agregar a los hospedajes oficiales varios hoteles levantados por las compañías británicas en Mendoza y Córdoba. En esta última provincia, en particular, diversos ministerios construyeron hoteles para sus empleados. Los programas de turismo oficial incluyeron, asimismo, a los

gobiernos de provincia; entre ellos sobresalió el de Buenos Aires durante la gestión de Domingo Mercante, quién expropió 24 chalets en Playa de los Ingleses en Mar del Plata para uso de los sindicatos, instaló numerosos clubes de turismo en lugares de veraneo y promovió su propio plan con una consigna de gran impacto: *Usted se paga el viaje, la provincia el hospedaje*.

Este inventario, por cierto incompleto, de las iniciativas oficiales ilustra las mayores oportunidades que tuvieron los asalariados para emplear los diez días de tiempo libre al año puestos a su alcance por la generalización de las vacaciones pagas. Para apreciar sus resultados dirijamos la atención a la capital del ocio estival, Mar del Plata. En la visita que realizara en 1954, para la inauguración del muy celebrado Festival Internacional de Cine, Perón hizo un balance público de su gestión. Allí subrayó que a diferencia de lo que observara en un viaje previo, diez años antes, el balneario ya no era el recinto selecto de un grupo de privilegiados porque "el noventa por ciento de los que veranean en esta ciudad de maravilla son obreros y empleados de toda la patria". Digamos, primero, que su representación de Mar del Plata hacia 1944 era escasamente fidedigna. Como ya destacamos, para entonces, los tiempos de la villa aristocrática habían sido simbólicamente clausurados con la demolición de la Rambla Bristol, para dejar paso al nuevo ciclo de la ciudad como balneario de masas. Igualmente, quien hubiese recorrido sus paseos y sus playas en 1954 habría comprobado que aún no había llegado la hora en que los obreros y empleados fuesen una mayoría entre los argentinos que llegaban a ellas en los meses de enero a marzo.

Los años del peronismo fueron más bien los que marcaron el avance final de las clases medias sobre Mar del Plata. Vistas en perspectiva, las políticas públicas que tuvieron mayor impacto en la ciudad balnearia fueron la sanción de la Ley de Propiedad Horizontal y los créditos subsidiados del Banco Hipotecario. Por medio de ellas, nuevos contingentes de pequeños y medianos comerciantes e industriales, profesionales y altos empleados pudieron volverse propietarios. Después de 1948 y en un corto lapso el setenta por ciento del casco céntrico quedó convertido en escombros, desapareciendo las villas y mansiones de la *belle époque* alrededor de la plaza y la avenida Colón. Las zonas de la ciudad que la elite veraneante abandonó, trasladando sus residencias al barrio Los Troncos, próximo a Playa Grande, fueron prontamente ocupadas por miles de departamentos, construidos en tiempo récord y con generosos créditos bancarios. Culminaba de este modo, bajo el peronismo, la secuencia iniciada con los conservadores: el desplazamiento de la elite social de sus dominios originales.

Los obreros y empleados a los que se refirió Perón participaron de esa expansión de la recreación veraniega pero lo hicieron previsiblemente de acuerdo con sus posibilidades. Muchos de los que recién se incorporaban al mundo industrial y urbano tenían necesidades más apremiantes en la economía familiar y les faltaban todavía los contactos y la información para descubrir las ventajas que el nuevo orden ofrecía. En verdad, los datos disponibles muestran que los beneficios del turismo social se distribuyeron siguiendo las líneas de estratificación interna de las clases asalariadas. Aquellos que primero disfrutaron de ellos con recursos propios y subsidios públicos fueron los estratos más antiguos y mejor organizados- telefónicos, ferroviarios, estatales, municipales, empleados de correo y del comercio. El caso de los mercantiles se destacó entre todos. Anticipándose en muchos años al resto de los gremios, éste sería el único que pudo alojar en Mar del Plata a sus afiliados bajo techo propio con la compra en 1947 y 1948 de los hoteles Hurlingham y Riviera. Es difícil estimar el impacto de esas primeras experiencias de turismo social porque no se cuenta con indicadores confiables. Sí es posible sostener, empero, que sus beneficiarios se diluyeron en medio del millón de visitantes que llegaba a Mar del Plata en la temporada veraniega a principios de los años cincuenta. Éstas fueron, de todos modos, experiencias que dejaron un duradero recuerdo entre los que participaron de ellas y volvieron más verosímil la imagen oficial de Mar del Plata como *espejo de la democracia social argentina*.

## **EL DESENLACE CONFLICTIVO DE LA DEMOCRATIZACIÓN DEL BIENESTAR**

El proceso de democratización del bienestar al que asistió el país durante la década peronista puede ser condensado en una imagen, la de una familia típica tal como aparece en forma recurrente en la propaganda oficial y los libros de lectura de la escuela. En ella, el padre está sentado leyendo el diario o escuchando radio, la madre se encuentra haciendo labores domésticas y los hijos, entre tanto, ocupados en sus tareas escolares. La escena reúne virtualmente rasgos característicos de la época.

En una breve enumeración, allí está presente, en primer lugar, la mayor prosperidad, producto del pleno empleo y los altos salarios, que permite al jefe del hogar disfrutar de su tiempo libre al cabo de la jornada de trabajo. A pesar de las fluctuaciones registradas a lo largo del período, la tendencia al fortalecimiento del poder adquisitivo de los salarios contribuyó a dar mayor seguridad económica a las familias. La proporción del gasto familiar que cubría el salario básico del trabajador industrial que en 1943

era del 85%, en 1955 se elevó a casi el 100%<sup>1</sup>- de esta forma, el jefe del hogar estuvo en condiciones de hacerse cargo, a partir de sus propios ingresos, de las necesidades de su familia. En estas circunstancias, más argentinos pudieron salir a buscar pareja y contraer matrimonio. Esto es lo que muestran las estadísticas. La tasa de nupcialidad que para el país era del 6,58 por mil habitantes en 1936-1940, pasó a 7,38 en 1941-1945, y a 8,32 en 1946-1950. No sólo aumentó el número de matrimonios. También se observó a partir de 1947 que los hombres y las mujeres por igual comenzaron a casarse a edades más jóvenes, ampliando, así, el universo abarcado por la imagen de la familia típica popularizada por el peronismo.

Continuando con sus detalles, en esa imagen se advierte, en segundo lugar, la confirmación de la mujer en los papeles tradicionales de esposa y madre. En efecto, en cuanto a la concepción del lugar de la mujer en la sociedad, los años del peronismo no trajeron consigo cambios apreciables. En parte, porque el aumento en el nivel de vida de la población y los mejores salarios de los jefes de familia permitieron que la declinación de la participación femenina en el mercado de trabajo observada desde tiempo atrás continuara su curso. En el censo de 1947 se registró su punto más bajo: sólo una de cada cinco mujeres que tenían 14 o más años tenía una ocupación remunerada. Recién hacia el final del período, entrando en la década del sesenta, el nivel de la participación económica de las mujeres comenzará a crecer. Entre 1946 y 1955, en cambio, una mayoría de ellas continuará viendo en el trabajo pago o en una carrera una parte secundaria de sus vidas y contará con las condiciones materiales para prolongar en el tiempo la primacía de su lugar como guardiana del hogar.

Siguiendo a Catalina Wainerman en su investigación sobre las ideas dominantes en torno de la condición femenina -basada en el análisis de los libros de lectura de la escuela primaria-, lo que se constata en estos años es, además, la fuerza de las concepciones heredadas. Por ejemplo el trabajo extradoméstico seguirá siendo concebido como una pesada carga y nunca la oportunidad para la realización personal. Un logro de entonces, el ejercicio de los derechos políticos con la ley del voto femenino de 1947, fue, a su vez, colocado en el marco de la visión tradicional. Así, el acto de votar habrá de ser presentado como la ocasión para que la mujer pusiera de manifiesto sus más profundos valores morales, como un instrumento para la preservación de los valores del hogar antes que la elección de un programa político. En los libros de lectura las mujeres famosas en la historia tendieron a ser celebradas por sus cualidades humanitarias y su sensibilidad social, esto es, por rasgos que se quieren esencialmente femeninos y no por sus logros científicos, artísticos o sociales específicos. El ejemplo sobresaliente es el de Eva Perón, que fue vista como una suerte de madre universal cuyo hogar era la patria y sus hijos el pueblo argentino,

A todo esto hay que agregar que la mayor escolarización de las mujeres -otro de los avances del período- amplió el público de las revistas femeninas surgidas en los años previos. Y en ellas, las nuevas lectoras encontraron historias cuyos temas dominantes giraban alrededor del romance, el casamiento, el hogar. En la ratificación de la concepción tradicional también ejerció un papel la publicidad.- sea que se dirigieran al ama de casa de clase media o a la joven asalariada, los mensajes ponían el énfasis en ropas, cosméticos, artefactos domésticos, en la familia bien alimentada y el marido feliz. Esta cultura centrada en el hogar postergó cualquier atisbo de emancipación femenina y, en los hechos, su desigualdad de *status* frente al derecho laboral y al derecho civil no fue sustancialmente modificada.

Completando la descripción de la escena familiar, en ella tenemos, en tercer lugar, a los niños, los Únicos privilegiados que reconocía un gobierno cuyo objetivo declarado era la reducción de los privilegios. Generalmente, eran dos los hijos que figuraban junto a sus padres y ello estaba en línea, si no con el ideal oficial, por lo menos con la trayectoria de la tasa de natalidad. En la Argentina, la transición hacia la familia pequeña, con pocos hijos, había comenzado tempranamente, de suerte que la descendencia final promedio de las parejas formadas hacia 1915 se acercaba ya a los tres hijos, según la estimación hecha por Susana Torrado para Buenos Aires. Esta transición muy probablemente se verificó con algún rezago en las grandes ciudades del Litoral, para comenzar mucho más tarde en las zonas rurales, donde por mucho tiempo las familias tuvieron más de cinco hijos.

La gestión del peronismo procuró revertir esta tendencia con medidas de promoción de la natalidad. Sin embargo, entre los grupos recién urbanizados, que llegaban al área metropolitana desde el interior, las prácticas anticonceptivas se difundieron rápidamente, estrechándose las diferencias con relación a los sectores de más antigua radicación. El fenómeno más novedoso del período radicó, en rigor, en la reversión temporaria de la tendencia entre los grupos de natalidad más baja, las familias de las clases medias y altas, a las que la bonanza económica de esos años estimuló a volver a tener más hijos.

Un detalle final y significativo de la imagen de la familia típica antes evocada merece ser subrayado. Con frecuencia, en el epígrafe se señala que lo que allí está representado es una familia trabajadora. Comentando esta escena, Luis Alberto Romero ha destacado que el modelo cultural propuesto para los trabajadores no era estrictamente proletario. Más bien, ese trabajador, sentado en un cómodo sillón en la sala

de estar de su hogar, con saco y corbata, leyendo el diario o escuchando la radio, en compañía de su familia, correspondía a la representación idealizada de las clases medias. Eso fue, en efecto, lo que ocurrió durante esos años, en los que se redistribuyeron, junto a los ingresos, unos estilos de vida en cuya excelencia el gobierno instalado en 1946 en momento alguno dudó.

En verdad, el peronismo promovió un cambio social pero no propuso una cultura alternativa. Su audacia, en todo caso, consistió en crear las oportunidades que pusieran al alcance de nuevas mayorías los ideales y las costumbres que los sectores medios ya habían probado y en los que la ciudad se reconocía ufana. Así, la radio, el cine, las revistas acercaron la intimidad de los hogares de clase media a quienes sólo habían tenido ocasión de echarles una mirada subrepticia en el pasado y ahora eran invitados a imitarlos. Las que a menudo suelen ser indicadas como las expresiones de una cultura popular en la ciudad -las comidas regionales típicas en los recreos de diversiones o las danzas folclóricas en los salones de baile- comprendían sólo a porciones reducidas de los sectores obreros, los recién llegados de la provincia, y eran episodios coloridos de su incorporación a la sociedad urbana en la que ya otros como ellos habían ido insertándose. Como destacamos antes, esa inserción resultó más dificultosa en el plano de la vivienda. Muchos de los que arribaban atraídos por la demanda de trabajo debieron instalarse en los refugios precarios de las villas de emergencia. Pero éstas, antes que el ámbito de una cultura de la pobreza destinada a reproducirse indefinidamente, habrían de ser entonces los eslabones últimos del vasto proceso de integración que aportó a los nuevos trabajadores una autoestima y la conciencia de pertenencia plena a una Argentina más igualitaria.

Concluyendo, para Buenos Aires y los grupos más establecidos de su estructura de poder y prestigio, la coexistencia con los efectos de la democratización del bienestar no sería empresa fácil. Por un lado estaba la velocidad con la que se producía el cambio en los distintos planos. Países más viejos habían pasado por transformaciones estructurales similares a las que conoció la Argentina desde que se intensificara la industrialización. Sin embargo, en ellos, la traducción de esas transformaciones estructurales al plano de las instituciones y los consumos, al plano de la sociabilidad entre las clases, fue más lenta y gradual, permitiendo una transición menos abrupta a la democracia de masas. Aquí ese proceso se comprimió en el plazo de una década. El largo brazo del Estado hizo que todo sucediera a la vez y rápidamente, el incremento del número de los asalariados, el desarrollo del sindicalismo, la redistribución de los ingresos y los bienes públicos y, en un nivel más profundo, la crisis de la deferencia y del respeto que el orden social preexistente acostumbraba a esperar de sus estratos más bajos.

Por otro lado, lo que volvía todavía más difícil la asimilación del cambio era el tono desafiante con el que eran introducidas sus novedades. El programa de reformas sociales adquiría a través del discurso oficial los contornos épicos de una reparación histórica de incierto y por ello mismo inquietante desenlace. Si para entrever sus alcances la respuesta se buscaba en el lenguaje poco conciliador que Perón y sobre todo Evita utilizaban para dirigirse a los vencidos de 1946, entonces los peores presentimientos eran verosímiles. Para adivinar que detrás de tanta hostilidad existía un respeto no menos sincero por los fundamentos últimos del orden económico y social que criticaban habría sido necesario contar con una serenidad de espíritu que pocos pudieron permitirse, envueltos como estaban en un clima de beligerancia y rechazo mutuo. Aunque el blanco de los ataques oficiales lo constituían las clases altas -esa multiforme y omnipresente oligarquía de la tradición política nacional-, las clases medias más antiguas se sintieron igualmente implicadas en la defensa de unos equilibrios sociales y políticos amenazados.

De este modo, Buenos Aires se convirtió en el escenario de un conflicto que fue diferente en sus manifestaciones del que tenía lugar en las empresas del cinturón fabril; se trató de un conflicto cultural por medio del cual la sociedad urbana reaccionó frente a aquello que resumía ejemplarmente cuanto tenía de irritante el cambio social impulsado por el peronismo: la irrupción pública de los migrantes internos. Todavía en 1945 Florencio Escardó pudo escribir en su *Geografía de Buenos Aires*, con inocultable satisfacción, que ésta era:

"Una ciudad de la raza blanca y del habla española que ninguna otra ciudad del mundo puede reclamar. Es la ciudad blanca de una América mestiza. En ella un negro es tan exótico como en Londres. Y un gaucho también. En este sentido, es mucho más blanca (blanquísima) que Nueva York, que para conservarse blanca tiene que hacer racismo a piedra y lodo. Tampoco tiene aindiados ni mulatos. Sus hombres y mujeres no tienen todos el mismo color ni la piel ni el cabello pero son blancos".

Cuando reedita su libro en 1971, Escardó advierte que su descripción fue "la última anotación de un fenómeno pasado" porque "el interior, es decir, América, ya ha efectuado su marcha sobre Buenos Aires". Y luego recuerda que la ciudad llamó a los migrantes internos con "el mote cariñoso de los *cabecitas negras*", aludiendo a la tez más oscura de muchos de ellos. Es posible que, a la distancia, Escardó tuviera sus razones para verlos con simpatía pero para sus contemporáneos de los años peronistas, la referencia a los *cabecitas*

negras tuvo una significación emocional muy distinta, si vamos a juzgarlos a partir de su actitud ante las muchedumbres del 17 de octubre.

Para una ciudad tan libre de prejuicios étnicos, puesto que era la amalgama de pueblos y culturas de orígenes muy diversos reunidos por las corrientes inmigratorias, la aparición y la extendida circulación del estereotipo de los cabecitas negras fueron reveladoras. Como sucede con los estereotipos que responden a una base étnica, el de los cabecitas negras tuvo por función subrayar la diferencia, marcar la separación entre un nosotros y los otros, oponer, en fin, al proceso de integración en marcha un proceso inverso, de segregación. Que esa segregación no haya tenido una expresión institucionalizada, que se manifestara sutilmente en el trato cotidiano y se revistiera con frecuencia de un blando paternalismo, no la hizo por ello menos real y efectiva; ella puso de manifiesto la desestabilizadora experiencia provocada por los efectos más visibles de la democratización del bienestar.

---

## BIBLIOGRAFÍA

- Alzugaray, R. A.:** *Ramón Carrillo, el fundador del sanitarismo nacional*. 2 vols.. CEAL- Buenos Aires- 1988.
- Archetti, Eduardo:** "Fútbol, imagen y estereotipos" en: F. Devoto y M. Madero: *Historia de la vida privada en la Argentina*. vol. 3. Taurus, Buenos Aires. 1999.
- Ballent. Anahí:** "La casa para todos: grandeza y miseria de la vivienda masiva". en: F. Devoto y M. Madero. *op.cit.*
- Belmartino, Susana:** "Transformaciones internas del sector salud: la ruptura del pacto corporativo". en: *Desarrollo Económico*. N° 137. vol. 35. abril-Junio-1995.
- Blengino, Vanni:** *Más allá del océano. Un proyecto de identidad: los inmigrantes italianos en la Argentina*. CEAL- Buenos Aires, 1990.
- Campins, M., Gaggero, H. y Garro, A.:** "La Fundación Eva Perón", en: Castro Gómez. A. et al: *Estado, corporativismo y acción social en Brasil, Argentina y Uruguay*, Fundación Simón Rodríguez- Editorial Biblos. Buenos Aires. 1992.
- Germani, Gino:** *Estructura social de la Argentina*. Raigal. Buenos Aires. 1955.
- : "La movilidad social en la Argentina", en: Seymour Lipset y R. Bendix: *Movilidad social en la sociedad industrial*. ELDEBA. Buenos Aires. 1963.
- : *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós. Buenos Aires. 1966.
- Gutiérrez, Leandro H. y Romero, L. A.:** *Sectores populares, cultura y política*. Sudamericana. Buenos Aires. 1995.
- James, Daniel:** "El 17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina". en: *Desarrollo Económico*. N° 107. vol. 27. octubre-diciembre. 1987.
- Plotkin, Mariano:** *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Ariel. Buenos Aires. 1993.
- Rein, Raanan:** *Peronismo, populismo y política argentina 1943-1955*. Editorial de Belgrano. Buenos Aires. 1998.
- Romero, Luis Alberto:** *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Fondo de Cultura Económica- Buenos Aires- 1994.
- : *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2001.
- Ross, Peter:** "Justicia social: una evaluación de los logros del peronismo clásico", en: *Anuario de IEHS*, vol. VIII, Tandil, 1993.
- Sabato, Hilda:** *La política en las calles*, Sudamericana, Buenos Aires, 1997.
- Scarzanella, Eugenia:** "El ocio peronista: vacaciones y turismo popular en Argentina (1943-1955)", en: *Entrepasados*, N° 14, 1998.
- Smulovitz, Catalina:** *Políticas estatales de seguridad y asistencia social, 1943-1955*, tesis de licenciatura en Sociología, Universidad del Salvador., 1979.
- Torrado, Susana:** *Estructura social de la Argentina, 1945-1983*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1992.
- Torre, Juan Carlos:** "La ciudad y los obreros", en: José Luis Romero y L. A. Romero: Buenos Aires, *Crónica de cuatro siglos*, 2ª edición, Altamira, Buenos Aires, 2000.
- Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa:** "Mar del Plata, un sueño de los argentinos", en: F. Devoto y M. Madero, *op. cit.*
- Ulanovsky, Carlos:** *Días de radio*, Espasa Calpe. Buenos Aires, 1996.
- Wainerman, Catalina:** *Sexismo en los libros de lectura de escuela primaria*, IDES, Buenos Aires. 1987.
- Wiñar, David:** "Poder político y educación. El peronismo y la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional". documento de trabajo. Centro de Investigación en Ciencias de la Educación. Instituto Di Tella, noviembre 1970.
- Yujnovsky, Oscar:** "Del conventillo a la villa miseria", en: José Luis Romero y L. A. Romero. *op.cit.*